3 1761 08831809 2

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LO QUE NO PUEDE DECIRSE,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

(SEGUNDA PARTE DE LA TRILOGIA.)

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

TERCERA EDICION.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°

1881.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 1881.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Abismo sin fondo	1	D. Enrique Zumel	Todo.
Amor á la patria	1	D.ª Rosario de Acuña	»
Correnixetes	1	D. E. Escalante	»
Dimax XIII	1	S. Ovara	»
El grito de independencia	1	Enrique Cevallos	»
El rey de les Criailles	1	E. Escalante	»
El tio Palomo	1	Remigio Vazquez	»
El último sacrificio	1	Sres. G. de los R. y Utrilla	»
En berlina,	1	Lasala y Blasco	»
L avarisia romp el sac	1	D. Juan Colon	»
La chala	1	E. Escalante	»
La consoladora	1	F. Palanca	»
La cruz de Mayo	1	Emilio Álvarez	»
Las travesuras de Lola	1	Manuel Cuartero	»
Los consuegros	1	Enrique Zumel	»
Mala-sombra	1	Sres. Granés y Navarro	»
Modesto Gonzalez	1	Sres. Lasala y Palacios	»
Palabra de honor	1	D. Eduardo Navarro	»
Per tres pesetes y mícha	1	J. Ovara	»
Propietaris y colonos	1	J. B.	»
Tenorio y Mejia	1	Leandro Torromé	»
Un triunfo de Calderon	1	Juan de Alba	»
Abdicar á tiempo	2	Eduardo Navarro	»
Amnistía general	2	E. Segovia Rocaberti	»
El centenario en la aldea	2	P. Moreno Gil	»
El inspector del distrito	2	Emilio Álvarez	»
Las ranas pidiendo rey	2	L. Mariano de Larra.	»
El desquite	3	Ceferino Palencia	»
El gran Galeoto	3	José Echegaray	»
El Bort	3	J. B.	»
En el valle de Silay ó la expiacion de un malvado	3	José Sierra	»
Historia de un crímen	3	H. Giner de los Rios.	»
Juan Martin el Empecinado	3	Sres. Ferrer y Cuartero.	»
La Institutriz	3	D. E. Navarro Gonzalvo	»
Lo que no ve la justicia	3	J. Fernandez Bremon	»
Mujeres que maton y mujeres que mueren	3	Antonio Opisso	»
Sor Teresa ó el claustro y el mundo	3	E. Vidal	»

Luisa Gh. Calderon

LO QUE NO PUEDE DECIRSE.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El libro talonario, comedia en un acto, original y en verso.

La esposa del vengador, drama en tres actos, original y en verso.

La última noche, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.

En el puño de la espada, drama trágico en tres actos, original y en verso.

Un sol que nace y un sol que muere, comedia en un acto, original y en verso.

Cómo empieza y cómo acaba, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)

El Gladiador de Ravena, tragedia en un acto y en verso, imitacion.

Ó locura ó santidad, drama en tres actos, original y en prosa.

Iris de paz, comedia en un acto, original y en verso.

Para tal culpa tal pena, drama en dos actos, original y en verso.

Lo que no puede decirse, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)

En el pilar y en la cruz, drama original en tres actos y en verso.

Correr en pos de un ideal, comedia original, en tres actos y en verso.

Algunas veces aquí, drama original en tres actos y en prosa.

Morir por no despertar, leyenda dramática original en un acto y en verso.

En el seno de la muerte, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

Bodas trágicas, cuadro dramático del siglo xvi, original, en un acto y en verso.

Mar sin orillas, drama original en tres actos y en verso.

La muerte en los labios, drama original en tres actos y en prosa.

El gran Galeoto, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

LO QUE NO PUEDE DECIRSE,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

(SEGUNDA PARTE DE LA TRILOGIA.)

POR

JOSÉ ECHEGARAY.

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el 14 de Octubre de 1877.

TERCERA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.— CALVARIO, 18.
1881.

4

PERSONAJES.	ACTORES.
DON JAIME DE AGUIRRE.....	SR. VALERO.
EULALIA.....	SRA. DIEZ.
GABBIEL.....	SR. VICO.
FEDERICO.....	ZAMORA.
MISTER PATRICK.....	PARREÑO.
UN CRIADO.	

Época moderna.—La escena en Madrid.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

La escena representa una sala modesta, pero no pobre. Á la derecha del espectador, primer término, una puerta que conduce al despacho de Jaime, y á las habitaciones de Gabriel y Federico: en segundo término, otra puerta de comunicacion con el resto de la casa y con la escalera principal. Á la izquierda, primer término, un balcon; en segundo, una puerta, la del cuarto de D. Jaime. En el fondo una puerta con vidrieras y cortinillas blancas, que es la del gabinete y dormitorio de Eulalia. En primer término, á la izquierda, un sofá y sillas; á la derecha, un velador grande, una butaca y sillas tambien. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

GABRIEL y FEDERICO, sentados.

GABRIEL. Y yo te digo, Federico, que no ha de ser.

FEDERICO. ¿No ha de ser?

GABRIEL. No, y mil veces no.

FEDERICO. ¿Por qué?

GABRIEL. Porque yo sé que no has de poner por obra lo que sólo en un momento de enojo y de desvarío has podido imaginar. ¡Abandonarnos! Aunque me lo juráras con las manos en cruz no había de creerte.

FEDERICO. No es tu flaco creer en palabras ajenas, áun siendo

palabras de tu hermano. Hechos necesita tu espíritu frio y severo, harto lo sé; pero hechos tendrás, y muy pronto, en que fundar tu convencimiento.

GABRIEL. ¡Federico!...

FEDERICO. Gabriel, hermano mio, yo no puedo vivir sin el amor de Julia.

GABRIEL. Julia te ama, bien lo sabes.

FEDERICO. Pero es débil, tímida, ejerce su padre sobre ella imperio absoluto, y contra la tenacidad de don Bernardo, y ¿por qué no decirlo? contra su maldita codicia, se estrellarán eternamente mis súplicas, y mis lágrimas, y mi desesperacion.

GABRIEL. Mira. Federico, discurramos á sangre fria. Tú tienes talento: (Anticipándose á una prostesta de Federico.) por mucha que sea tu modestia, has de confesarlo. Has concluido brillantemente tu carrera. ¡Oh! esto lo dicen tus títulos y tus diplomas, no lo digo yo. Tu figura es elegante y simpática...

FEDERICO. Gabriel...

GABRIEL. El espejo lo pregona, y lo pregona á pesar suyo, Julia, espejo de tu alma. Por otra parte, si tu futuro suegro...

FEDERICO. ¡Mi futuro suegro!...

GABRIEL. Déjame darle este nombre. Si tu futuro suegro es todo un banquero, nuestro padre es alto funcionario de la Administracion. Conque ya ves, que entre la suya y nuestra familia, ni media una gran distancia, ni se eleva ningun obstáculo insuperable.

FEDERICO. ¿Eso crees? Pues eres más crédulo de lo que yo pensaba. Ciertamente que de don Bernardo á nosotros no hay gran distancia social; pero entre Julia y mi amor se eleva el más formidable de los obstáculos: monte que nunca llegaré á dominar.

GABRIEL. ¿Y cómo se llama ese monte de granito contra el cual te estrellas?

FEDERICO. ¿De granito? ¡Ojalá! Que á veces bajo su dura coraza

ocultan los montes de piedra entrañas de fuego, pero este de que yo te hablo es de oro puro y es por dentro del mismo implacable metal que por fuera. En prosa, querido Gabriel, Julia lleva en dote cuatro millones; yo no podría llevar sino lo que tú donosamente llamas mi talento, mis diplomas y mi bella estampa, conque repara qué linda compensacion para un hombre del tanto por ciento como don Bernardo. ¡Esperanzas contra doblones! No es este de los negocios que forman su especialidad.

GABRIEL. ¿Quién sabe? Dia llegará en que quizá lo acepte.

FEDERICO. Ha hecho más que aceptarlo: él mismo me lo ha propuesto, y no por eso me á ido mejor.

GABRIEL. Explícate, que no te comprendo.

FEDERICO. Ya verás. Anoche me llevó á su gabinete y me dijo muchas cosas más ó ménos confusas, que yo no recuerdo; pero de ellas deduje que si á otro aspirante á la mano de Julia le exigiría un capital (son palabras textuales) superior al que ha de entregar á su hija el dia de la boda, conmigo por ser quien soy, y por mis excelentes prendas, ha de ser más generoso.

GABRIEL. Ya.

FEDERICO. «Traiga usted,» me dijo en su lenguaje claro y preciso como un libro de aritmética, «traiga usted dos »millones no más; y esto, sólo para demostrarme que »es usted hombre capaz de adquirir algo por sí, y le »entrego á usted mi hija.» Conque ya ves, me perdona de los cuatro millones, dos: ahí tienes si da valor á mi talento y á mis esperanzas. Ni tú, con ser mi hermano, hubiérasme tasado tan alto.

GABRIEL. ¿Y qué deduces tú de tamaña generosidad?

FEDERICO. Que quiere mucho á su hija; cuanto él es capaz de querer. Que le duele hacerla desgraciada. Y que sumando y restando, allá en su imaginacion, monedas de su arca y monadas de su niña, ha venido á tasar

en cien mil duros la felicidad de Julia. Á esta cifra llega, y hasta ahí alcanza su sacrificio, no sube más la tasacion, y me pide el resto para completar la cuenta de los cuatro millones.

GABRIEL. ¡Ah! pobre enamorado, que es como decir ¡pobre loco! Óyeme, que voy á darte la clave del enigma.

FEDERICO. ¿Del enigma?

GABRIEL. Sí. Dime: ¿no has notado algo singular en don Bernardo?

FEDERICO. Me sorprendió su desprendimiento, mezquino y todo como fué. ¡Ah! se me olvidaba. «Federico,—me dijo »al separarnos—yo le quiero á usted bien, sé que »aquella locuela le quiere á usted aún mejor: con»que tiene usted un plazo de tres años para ganar»la; hágase usted hombre,» esto en su vocabulario quiere decir, hágase usted *rico*, «que si puedo, yo esperaré ese tiempo.»

GABRIEL. Pues ahí tienes lo que yo pensaba.

FEDERICO. ¿Y qué pensabas?

GABRIEL. Escúchame atento: abre tu pecho á la esperanza y abandona esa desdichada idea de que há poco me hablaste. Tú sabes como yo, que nuestro buen padre ha ocupado durante treinta y cuatro años puestos siempre subalternos de la Administracion pública, y siempre con evangélica mansedumbre. ¡Qué excelente empleado es! decían todos, ¡qué honrado, qué digno! y le dejaban tranquilo en su empleo unas y otras situaciones, porque todas necesitaban del humilde oficinista. Pero al fin, y no há mucho, llegó el dia de la justicia. Alcanzó ó le hicieron alcanzar en veinticuatro horas, lo que no pudo en tantos años, y de un salto vino al puesto que hoy ocupa. ¡Justicia he dicho! No tan desinteresada como parece. Lo cierto es que necesitaban de don Jaime de Aguirre, de su respetabilidad y de su inteligencia para esa inamensa operacion de crédito, que se ha realizado con

varias casas inglesas; operacion que se cuenta por centenares de millones y en que se funda la regeneracion de nuestra marina de guerra y de nuestros viejos arsenales. Y como para que don Jaime fuese el principal agente del Gobierno en el extranjero, era preciso que ocupase una alta posicion, he aquí por qué causa subió de pronto, y como espuma, á la siempre agitada superficie de la esfera burocrática, el que tanto tiempo había rodado allá por las polvorientas profundidades de una oficina.

FEDERICO. Con ser la historia que me recuerdas grandemente exacta, no sé qué relacion tiene con la mia.

GABRIEL. Que nuestro padre ha terminado con aplauso universal su delicada mision; que ante él se abre nuevo y espléndido horizonte: que, segun afirman, será diputado, y que una vez en la Cámara todo es posible. Todo, ¿me comprendes?

FEDERICO. ¡Todo! ¡todo es posible! ¿Y bien?

GABRIEL. Que no creo yo que á don Bernardo le desagradase emparentar con un ministro. Ahí tienes.

FEDERICO. ¡Pobre hermano mio! he de decirte á mi vez. ¡Y cómo el cariño te hace soñar con locas ambiciones al borde del abismo; que es más, que soñar, como el incauto mancebo á la orilla del pozo! Ayer todos respetaban á nuestro padre, más que por ser digno de respeto, y lo es mucho, porque á nadie interesaba dejar de respetarle. Hoy es distinto. Don Jaime ocupa una elevada posicion; y por las cúspides tienen marcadas predilecciones los rayos del cielo y los rayos de la envidia: bajan los unos del alto firmamento; suben los otros desde inmundo lozadal, y no sé cuáles son más terribles; que si aquellos calcinan cuerpos, estos manchan honras. Lee unos cuantos periódicos: *El Grito de la opinion*, *El Justiciero*, *El Centinela de la Marina*, y ya verás cómo tratan á nuestro padre, y la cruzada que levantan contra esa

que tú llamas magnífica operacion.

GABRIEL. Lo es: personas inteligentes lo afirman; oye á don Joaquin; él fué con mi padre á Lóndres y se hace lenguas en elogio suyo.

FEDERICO. ¡Gran maravilla! ¡Amigos de cuarenta años y habiendo formado parte de la Comision española!

GABRIEL. Pues pregunta á Mister Patrick.

FEDERICO. ¡Buen testigo! Como que es el representante de los banqueros ingleses y vienen á Madrid á ultimar el asunto.

GABRIEL. Pues yo te digo...

FEDERICO. Que te ciega el natural interés que nuestro padre te inspira.

GABRIEL. No, Federico, nunca el interés ni el cariño me ciegan. ¡Ojalá! (Se queda un momento pensativo.) Mi carácter, tú lo has dicho, es frio y severo. Así soy, ¿á qué negarlo? Amo la justicia y la verdad sobre todas las cosas. En las personas para mí más queridas, en mi padre, que es el hombre más honrado que conozco; en mi madre, que más que mujer, un ángel del cielo me parece, vería yo manchas imperceptibles que nadie viese, ántes exageradas por mi propio dolor, que empequeñecidas por el afan de anularlas. Quiero que sean perfectos aquellos á quienes amo, para que sean dignos de mi amor. Y esta ansia de perfecciones divinas en objetos humanos, insensata é imposible como es, da extrema severidad á mis juicios, aguza el implacable análisis de mi critica, y sobre todas las cosas, me pide siempre pruebas, y sólo con lo evidente se aplaca. No me basta creer: quien cree puede equivocarse, que puede ser falsa su creencia: necesito llegar á la certidumbre, y si á ella no llego, dudo, aunque la duda me torture; y dudaría aunque me matase la duda.

FEDERICO. ¡Parecido va siendo tu retrato.

GABRIEL. Por eso cuando te digo que nuestro padre há termina-

do, y terminado bien su difícil mision, es porque en conciencia así lo creo, y porque así es en realidad. Cuando le alabo es que le considero digno de alabanza, si no la mereciera, callaría; y si merecedor fuese de censura, áun llorando por dentro lágrimas de sangre, no mancharía con la mentira mis labios ¡ni áun por mi padre!

FEDERICO. Como teoría no está mal; pero en la ocasion presente el hijo ha sobornado al juez, y aunque soy más crédulo que tú, no me decido á llevar mis esperanzas al compás de las tuyas.

GABRIEL. Eres hombre de impresiones: estás triste y todo lo ves sombrío.

FEDERICO. Tú en cambio todo lo ves de color de rosa, porque estás alegre y nada es obstáculo á tu felicidad. María te ama: su madre no se opone á vuestro amor.

GABRIEL. No tanto, querido Federico; que si don Bernardo te pone ceño, mi doña Magdalena, la noble viuda de Aguilar, con su semblante pálido y su frente trágica no es suegra que inspire gran confianza, ni por otra parte creo que ella me tenga gran aficion.

FEDERICO. ¿Qué importa, si al fin cede?

GABRIEL. Y tambien cederá don Bernardo: ya lo verás.

FEDERICO. ¡Ya lo veré! Para ver tu propia dicha, basta que te asomes á ese balcon y mires al de enfrente: ¿qué cerca está María! Pues más cerca está de ti, porque nada, ni distancias ni voluntades separan vuestros corazones. Para ver á mi pobre Julia, siquiera en el pensamiento, tendré bien pronto que asomarme á los abismos del Atlántico! ¡Qué léjos! ¿no es verdad? Pues aún la veré más léjos, que mayor abismo abrió en el corazon de don Bernardo la codicia.

GABRIEL. ¿Otra vez aquella idea?

FEDERICO. Desengáñate: si por mí mismo no lucho y venzo, nadie ha de luchar, ni nadie ha de vencer por tu pobre hermano.

GABRIEL. Hoy es cosa de dejarte.

FEDERICO. (Pues como hoy me dejes, no será fácil que mañana me detengas. ¿Qué hora es?) (Ap. y mirando el reloj.)

GABRIEL. Pero, dime, tú no has pensado en nuestro padre?

FEDERICO. (Tristemente.) Quedas tú á su lado, á él le basta contigo: eres el mayor, el predilecto.

GABRIEL. ¡Federico!

FEDERICO. ¡Oh! no lo digo en son de queja: bien lo sabes y bien me conoces. Pero digo la verdad. Viniste tú al mundo, y puso en tí tanto cariño, que cuando llegué á reclamar mi parte, aunque me dió lo que pudo y cuanto tenía, ¡le quedaba ya tan poco!

GABRIEL. ¿Qué estás diciendo, hermano mio? (Acercándose á él con solicitud y cogiéndole una mano.)

FEDERICO. No temas; no por eso le amo ni le respeto ménos. ¿Qué hemos de hacer? No le culpo. En el corazon no se manda. ¡Es tan voluntarioso!... Pero, en fin, él no me necesita teniéndote, y yo necesito de mí mismo.

GABRIEL. Y tu madre ¿no necesita de tí, ingrato?

FEDERICO. ¡Ah, madre mia!... ¡Mi pobre madre!... ¡Ella sí que me ama tanto como á tí! (Oculta el rostro entre las manos.)

GABRIEL. Pues calla y seca tus lágrimas: me parece que viene. (Mirando á la puerta de la derecha, primer término.)

ESCENA II.

GABRIEL, FEDERICO, EULALIA por la derecha, primer término.

EULALIA. ¿No ha vuelto vuestro padre?

GABRIEL. No, madre mia; si mal no recuerdo, celebraba hoy una última conferencia con Mister Patrick; ya sabes...

EULALIA. Es el caso que don Joaquin hace más de una hora

que le espera y dice que quisiera hablar contigo. (Á Gabriel)

GABRIEL. Pues allá voy. ¿Está en el despacho?

EULALIA. Sí. (Pasando el sofá.)

GABRIEL. (Por Dios, no le des un disgusto.) (Ap. á Federico, señalando á su madre.)

FEDERICO. (Harto me pesa.) (Lo mismo á Gabriel.)

ESCENA III.

EULALIA, FEDERICO.

EULALIA. ¿Qué tienes, Federico?

FEDERICO. ¿Yo, madre mia? Nada.

EULALIA. ¡Qué mal sabes fingir y qué difícilmente me engañas!

FEDERICO. ¡Yo engañarte!

EULALIA. ¿Pues por qué huyes de mí? ¿por qué vuelves el rostro? ¿por qué no me miras? Tú has llorado, Federico. (Se levanta, se acerca á él y le mira fijamente.)

FEDERICO. ¡Llorar yo! ¿Qué cosas dices? ¿Soy un niño? ¿soy una mujer?

EULALIA. Niño eres á pesar de tus veintitres años, porque corazon de niño tienes. Y como tu alma no está en tí, sino en la de una mujer, como mujer lloras.

FEDERICO. ¡Madre!...

EULALIA. Y cuenta que esa mujer de quien hablo no soy yo. (Pausa.—Eulalia trae cariñosamente á su hijo hasta el sofá y en él se sientan.) ¿Viste anoche á Julia? Vamos, respóndeme. ¿No tienes confianza en tu madre? ¿No quieres hoy abrirme tu corazon?

FEDERICO. Vi á Julia, madre mia.

EULALIA. ¿Y hablaste con don Bernardo?

FEDERICO. Él habló conmigo: yo, pocas palabras tuve que pronunciar.

EULALIA. Entónces ya sé por qué viniste tarde, por qué no has

dormido en toda la noche.

FEDERICO. No lo creas...

EULALIA. No lo niegues. Yo me acerqué muchas veces á tu puerta y siempre oía tus pasos. Te digo que lo sé todo: sé por qué no has entrado esta mañana á darme un beso, por qué has salido sin verme, por qué ahora quieres huir de mi lado. En fin, todo, todo, y sin que tú me lo digas.

FEDERICO. Entónces ¿á qué me lo preguntas?

EULALIA. ¿Y don Bernardo?

FEDERICO. ¿Quieres saber el resúmen de nuestra conferencia bajo su forma más descarnada?

EULALIA. Sí.

FEDERICO. Pues bien; me pide *oro* para darme la mano de Julia.

EULALIA. ¿Mucho?

FEDERICO. ¡Oh, madre mia! ¡Pobre madre mia!. . ¡Lo imposible!

EULALIA. ¿Pero mucho?

FEDERICO. Dar su hija por dos ó tres millones es darla de balde para un hombre como él; pero «de soy tan simpático, segun dice, que de balde quiere dármela.» Es su fórmula.

EULALIA. ¡Válgame Dios! Y tú ¿qué dices á esto?

FEDERICO. ¡Qué he de decir!

EULALIA. Que renuncias á ella ¿verdad?

FEDERICO. ¡Renunciar á Julia! Nunca, madre mia. No lo creas; no lo esperes.

EULALIA. Pues ¿qué piensas hacer!

FEDERICO. Buscar oro con que se harte la codicia de ese hombre.

EULALIA. ¡Buscar oro! ¿Estás en tu juicio?

FEDERICO. Sí; ser rico.

EULALIA. Tú deliras. ¿Basta querer? ¡Ah, hijo mio, no pidas imposibles á la sociedad, ni al mundo en que vivimos!

FEDERICO. No: á este viejo y empobrecido mundo nada he de

pedirle, que nada podría darme. Á otro iré en busca de ese metal miserable que hace poderosos y que necesito para ser feliz.

EULALIA. Federico... no te comprendo... ni quiero comprenderte...

FEDERICO. Pues es preciso, madre, que me comprendas; más aún, que me adivines... ¡porque yo no tengo valor para decírtelo! (Acercándose á ella y cogiéndole las manos.) ¡Tú me quieres? ¿me quieres de veras? ¿con el alma?

EULALIA. ¿Si le quiero? ¡Y me lo pregunta el ingrato!

FEDERICO. Sí, ya sé que me quieres mucho: ya sé que en esta casa ninguno me quiere tanto como tú.

EULALIA. ¡Calla! (Mirando á todas partes con terror.)

FEDERICO. Yo recuerdo cuando era niño, que á escondidas de todos, por no dar envidia á nadie, me abrazabas y me besabas. Aún me parece que siento sobre mis mejillas tus lágrimas. Tanto amor te hacía llorar ¿no es cierto?

EULALIA. Sí, pero ¡calla! (En voz muy baja, con temor, y queriendo taparle la boca.)

FEDERICO. Y luégo, al venir mi padre ó mi hermano, dulcemente me alejabas de tí, y aún solías regañarme; fingiendo enojo. Pero yo te comprendía bien: era para que no sospechasen lo mucho que me amabas.

EULALIA. Basta, Federico, basta: que no nos oigan.

FEDERICO. No basta; porque hoy has de probarme tu cariño con un sacrificio inmenso.

EULALIA. ¡Qué no haré yo por tí?

FEDERICO. ¡Si vieras, madre mia, cómo volví anoche de ciego y de desesperado! Momentos hubo en que quise entrar en tu cuarto... ¿Sabes para qué? Para pedirte ó para quitarte esa sortija... (Señalando una que lleva su madre.) Esa... no la ocultes... ya sabes cuál...

EULALIA. ¡Insensato! (Procurando ocultar la mano.)

FEDERICO. Sí; la que llevaba mi padre al batirse contra los car-

listas, por si en aquella fatal lucha sin tregua y sin cuartel caía en manos de algun terrible cabecilla. La que tú le quitaste no sé con qué pretexto.

EULALIA. No sabes lo que dices: calla. (En tono sombrío, separándose algo de su hijo y siempre ocultando la mano.)

FEDERICO. Pero sé, que si lo que ese anillo contiene es eficaz para proteger al cuerpo de torturas insufribles, eficaz ha de ser para librar de más insufribles torturas á un alma desesperada.

EULALIA. Loco te has vuelto, hijo mio.

FEDERICO. No me he vuelto loco: ya ves que al fin no entré anoche en tu cuarto, ni siquiera á darte un beso. Aún tu cariño tiene imperio sobre mi corazon; aún quiero vivir...

EULALIA. (Con afan.) ¿Por mí?

FEDERICO. ¡Por tí!... y por ella tambien. ¿Á qué mentirte? No te enfadas: ¿verdad que no te enfadas?

EULALIA. Entónces, no es por mí. (Con tristeza.)

FEDERICO. Por vosotras dos, madre mia: porque ella y tú os confundis á mis ojos en una sola luminosa vision, como se confunden la fe y la esperanza en algo inefable y divino: como se confunden muchos rayos de luz en un solo foco. En fin, yo no sé explicarte cómo te quiero, pero te quiero más que á mi vida y á mi alma.

EULALIA. Cuando tanto me ponderas tu cariño, algo que no pueda concederte vas á exigirme.

FEDERICO. Lo que te dije ántes: no más.

EULALIA. Yo nada comprendí; nada recuerdo.

FEDERICO. Te dije que quería ser rico; que muchos han llegado á serlo sin más que resolucion y voluntad. Déjame ir.

EULALIA. ¿Ir? ¡Á dónde!

FEDERICO. Adivínalo tú; no me obligues á repetirlo.

EULALIA. ¡Adivinar! ¿Cómo quieres que adivine una madre en qué sitio del corazon va á herirla su propio hijo?

FEDERICO. Es que estoy decidido. Es que un dia... mañana quizá... ¿quién sabe?... cuando me llames, yo no responderé á tu voz... (Acercándose á ella.)

EULALIA. ¡Federico!

FEDERICO. Y yo no quiero... que cuando esto suceda... llores mucho por mí... Yo no merezco tus lágrimas... No, madre.

EULALIA. Pero ¿será posible?... ¿serás tan mal hijo?... ¿serás tan cruel?... ¿vas á dejar esta casa?...

FEDERICO. ¡Esos gritos, esos gritos serán mi tormento!... ¿y más dolorosos y más agudos los oiré cuanto más me acerque á tierra americana.

EULALIA. ¿Pero piensas ir?... ¿Pero era verdad? ¿Pero tú olvidas que yo mando en tí?... ¡Yo soy tu madre!... ¡Es que no te dejo!... ¡No... vamos, dí que no!... ¡Dí que no... Federico, hijo mio, ¿qué te cuesta decir que no? (Abrazándole y acariciándole entre sollozos.)

FEDERICO. ¡Calla!... álguien viene...

EULALIA. ¡Y ponderaba su cariño!... ¡Ingrato!... ¡Ingrato!

FEDERICO. Silencio... por Dios... que nadie lo sepa...

EULALIA. ¿Pero no irás?... ¿no irás?... ¡Júrame que no!

FEDERICO. No llores... (Secándole las lágrimas.) Haz como hacías cuando yo era niño... Tranquilízate... mira que ya vienen...

EULALIA. ¡Dios mio!... ¡Dios mio!...

ESCENA IV.

EULALIA, FEDERICO, GABRIEL por la derecha, primer término.

GABRIEL. (Entra violentamente, sin reparar en su madre, y se pasea con agitacion, hablando aparte.) ¡Bien decía Federico! ¡Ah! ¡miserables! Pero yo los castigaré. ¡Ay del que toque á la honra de mi padre! ¡Hierro ó plomo es la mejor medicina contra calumniadores!

FEDERICO. (Á Gabriel.) ¿Se fué don Joaquin?

GABRIEL. No.

FEDERICO. ¿Habló contigo?

GABRIEL. Sí.

FEDERICO. ¿Era algo importante?

GABRIEL. Era que tú tenías razon, y que yo, con toda mi severidad de juicio, soy un pobre visionario, por no decir que un imbécil.

FEDERICO. Pues ¿cómo?

GABRIEL. Me trajo un paquete de periódicos... Venía el buen hombre afectado: verdaderamente afectado... Pero no temas: ya se arreglará todo. (Mientras habla no cesa de pasear, y al fin se detiene junto al balcon.) Ahí viene: ahí viene mi padre. Con Mister Patrick. (Se queda mirando por el balcon.)

FEDERICO. Ven, madre mia, que no te vean. Tienes los ojos enrojecidos por el llanto.

EULALIA. Tú lo has querido. (Se levantan y se dirigen á la derecha, primer término.)

FEDERICO. ¿Qué no haría yo por secarlos?

EULALIA. Jurarme que renuncias á tu idea... (Se detiene un instante, y le contempla con angustia.) Pero ¡ay desdichada de mí! No renuncias, no: me lo dicen tus ojos. (Salen ambos.)

ESCENA V.

GABRIEL, D. JAIME, MISTER PATRICK.

Los dos últimos por la derecha, segundo término, Gabriel se separa del balcon y se aproxima á la derecha del proscenio, primer término.

JAIME. (Viniendo con Mister Patrick á la izquierda.) Ahí le tiene usted. Ya que es usted tan bueno que no quiere volver á su tierra sin conocer á mi familia..,

PATRICK. Me interesa mucho conocerla.

JAIME. Pues empecemos por él. (Señalando á Gabriel.) Mi hijo Gabriel... Mister Patrick, un buen amigo, aunque de fecha reciente. (Presentando uno á otro.)

PATRICK. Tanto he oido hablar de usted á su padre, que sin conocer á usted, bien puedo decir que ya le conocía. (Saludando á Gabriel.)

GABRIEL. Es para mí una honra. (Se adelanta y se dan las manos.)

JAIME. Y para continuar las presentaciones, hazme el favor de decir á tu madre que venga. Mister Patrick desea conocerla y saludarla. (Á Gabriel.)

GABRIEL. ¿Diré tambien á Federico?...

JAIME. ¿Á Federico?... (Con cierto disgusto.) Naturalmente. (Sale Gabriel por la derecha, primer término.)

ESCENA VI.

JAIME, MISTER PATRICK.

JAIME. Siéntese usted, Mister Patrick, y tome posesion de esta modestísima casa. (Se sientan en el sofá.)

PATRICK. Mucho deseaba verme en ella, mi buen amigo. (Con alguna intencion.)

JAIME. (Riendo.) Pues cumpliéronse sus deseos de usted.

PATRICK. (De pronto, y mirando fijamente.) Y ¿quién es Federico?

JAIME. (Algo contrariado.) ¡Federico!

PATRICK. Sí; ese... que me va usted á presentar.

JAIME. Pues... ¿quién ha de ser? Mi hijo.

PATRICK. No.

JAIME. ¿Eh?

PATRICK. Gabriel es su hijo; pero yo digo Federico.

JAIME. Tambien es mi hijo. El segundo.

PATRICK. ¡Ah! Lo ignoraba. Como nunca me había usted hablado de él... ¿Por qué no me habló usted nunca de Federico?

JAIME. (Cada vez más contrariado.) ¡Qué sé yo! Por distraccion tal vez... ¡Hace usted unas preguntas, amigo mio!

PATRICK. Perdone usted. Cuando no se domina un idioma, sin querer se hacen preguntas impertinentes. ¿Lo ha sido la mia?

JAIME. De ningun modo.

PATRICK. Gracias. Y no obstante, yo conozco algo el español: como que no es esta la vez primera, ni la segunda, que admiro el hermoso cielo de España y que procuro expresarme en su hermosa lengua.

JAIME. Sí; ya me lo ha dicho usted en varias ocasiones.

PATRICK. Pues esta será otra ocasion más; pero... más solemne que las otras.

JAIME. (Con extrañeza.) ¡Solemne!

PATRICK. Me parece que esta es la palabra propia.

JAIME. ¿Y por qué ha de ser solemne?

PATRICK. ¡Oh! yo tengo mis motivos para creer que ha de serlo.

JAIME. ¡Sus motívos! (Sin poder contenerse.) Y ¿cuáles son? (Dominándose.) Dispense usted; no pretendo averiguarlos.

PATRICK. Derecho tiene usted para ello.

JAIME. ¿Derecho? ninguno: hace tan poco tiempo que somos amigos.

PATRICK. Pero ¿lo somos?

JAIME. Tal creo.

PATRICK. Y yo tambien. (Tendiéndole la mano.) Y siéndolo, ¿qué importa el tiempo? (Pequeña pausa.) Ademas, ¿quién sabe de cuánto data nuestra amistad, ó, si usted quiere, nuestro conocimiento? (Con marcada intencion.)

JAIME. (Empezando á mostrarse impaciente.) ¿De cuándo?... De hace cuatro meses á lo sumo.

PATRICK. Ó de hace veinticuatro años.

JAIME. ¿Qué quiere usted decir, Mister Patrick? ¡Veinticuatro años!...

PATRICK. Sí: y digo esto, porque veinticuatro años há que vi-

ne á España con la legion inglesa.

JAIME. (Levántandose violentamente, y sin poder contenerse.) ¡Con la legion inglesa! ¿Dice usted?...

PATRICK. Precisamente; á las órdenes del General Evans, el año treinta y seis. (Con calma y naturalidad, sin levantarse.)

JAIME. (Dominándose y volviendose á sentar.) Años muy tristes para nuestra patria, Mister Patrick.

PATRICK. Usted tambien se batía por entónces.

JAIME. ¿Y quién no?

PATRICK. Por eso digo, que no es imposible, que hayamos sido compañeros de armas.

JAIME. Pues yo, mi viejo amigo, ya que usted se empeña en serlo, y sin que se ofenda por mi falta de memoria, le aseguro que no recuerdo...

PATRICK. Y yo, mi antiguo amigo, y aunque usted se ofenda por mi insistencia, le aseguro que desde el momento en que le ví á usted en Lóndres, recordé haberle visto ántes.

JAIME. ¡Cuándo! (Con dureza y volviendo á perder la calma.)

PATRICK. ¿Quiere usted saberlo?

JAIME. Sí.

PATRICK. Pues sea. Pocos dias despues de haber hecho á los carlistas levantar el sitio de San Sebastian.

JAIME. (Sin dominar ya su violencia.) ¿En dónde?

PATRICK. En una aldea ó reunion de pequeños caseríos, que á viva fuerza y á costa de mucha sangre, habíamos tomado al enemigo. ¡Oh! sus paisanos de usted se batian bravamente.

JAIME. ¿Qué fecha? (Con imperio, poniéndose en pie.)

PATRICK. El cinco de Mayo.

JAIME. ¿Y cuál era el nombre de esa aldea? (Como ántes.)

PATRICK. (Levantándose.) No lo recuerdo.

ESCENA VII.

JAIME, PATRICK, EULALIA, por la derecha, primer término.

PATRICK. Pero quizá nos ayude á recordarlo su esposa de usted. (Señalando á Eulalia, que se detiene un instante al entrar.)

JAIME. ¿Por qué?

PATRICK. Porque en aquella ocasion, y en momentos terribles, la ví, como le ví á usted.

JAIME. ¿Á ella?

PATRICK. Á esa señora, sí. (Breve pausa: en pie los tres personajes; Jaime y Patrick, junto al sofá; junto á la puerta por donde entró, y mirándolos con extrañeza, Eulalia.) Permítame usted que la salude respetuosamente. (Á Jaime. Se aproxima á Eulalia, que da tambien algunos pasos hácia él: ambos se encuentran en la mitad del camino, Jaime inmóvil de estupor.)

EULALIA. ¿Mister Patrick? (Tendiéndola la mano.)

PATRICK. Sí, señora. Un íntimo amigo, y amigo de larga fecha, de su esposo de usted... y de usted tambien. (Le toma la mano, y la conduce con gran respeto al sofá.)

EULALIA. ¿Será cierto? (Á Jaime.)

JAIME. Basta de reticencias: soy un hombre franco y leal: desdeño los caminos tortuosos y voy directamente al fin. ¿Qué busca usted en esta casa? ¿Qué sabe usted de antiguas tragedías, que yo creí hundidas para siempre en el olvido? Hable usted sin reparo y sin temor, que Jaime de Aguirre puedo oirlo todo cara á cara.

PATRICK. Tambien soy leal y franco: tambien desdeño los caminos tortuosos; tambien puedo mirar á usted frente á frente, y me place su franqueza. ¿Puedo decir la verdad?

JAIME. Sí.

PATRICK. ¿Delante de esta señora?

JAIME. Es mí esposa, mi único amor en esta vida, y mis esperanzas de más allá con ella las divido: lo que usted tenga que decirme ella puede oirlo. (Con energía y dignidad.)

EULALIA. No te comprendo, Jaime, aunque tus palabras son para mí placer y orgullo. Dispense usted mi confusion, pero ignoro... (Á Mister Patrick.)

JAIME. Escucha, Eulalia. Mister Patrick vino á España... el año 36 con la legion inglesa...

EULALIA. Ah!... ¿El señor?

JAIME. El cinco de Mayo tomaron á sangre y fuego unos caseríos próximos á San Sebastian.

EULALIA. ¿El cinco de Mayo?...

JAIME. Allí... asegura que nos vió en el cuadro sombrío de un drama terrible!

EULALIA. (Dando un grito y retrocediendo.) ¡Dios santo!

JAIME. Esto no más ha dicho hasta ahora. Lo que va á decir tú lo oirás como yo. Siéntate á mi lado. (Á Eulalia.) Siéntese usted, y deje salir sin escrúpulo cuanto traiga sobre el corazon. (Á Mister Patrick. Se sientan los tres.)

EULALIA. ¡Dios mio! ¡Dios mio! (Cubriéndose el rostro con las dos manos.)

JAIME. (Separándole las manos y haciendo que levante la cabeza.) Quita esas manos, Eulalia, y levanta la vista del suelo. Si ante Dios y ante tu esposo puedes alzar la frente, ¿por qué has de inclinarla ante un extraño?

EULALIA. ¡Jaime, Jaime de mi alma! (Abrazándose á él.)

JAIME. Vamos. (Calmándola cariñosamente.) Usted dirá. (Á Mister Patrick.) Le escuchamos los dos.

PATRICK. Pues ustedes me lo permiten, hablaré. Y no vean ofensa en mis palabras, que sabe Dios que cumplo un deber sagrado que há mucho tiempo debí cumplir. No pudo ser, y no fué por culpa mia, sino porque ignoraba su nombre de usted (Á Jaime.) y su re-

sidencia. Mas al fin lo que mi voluntad, mis gestiones y mi oro no lograron, logróse por una feliz y providencial casualidad. De todas maneras, á no haber sido ella (la casualidad), habría sido yo (yo, Patrick). ¿Comprenden ustedes?

JAIME. Concluyamos de una vez.

PATRICK. Seré breve y explícito. Tomamos el cinco de Mayo, como dije, algunos caseríos que ustedes conocen bien, aunque no quieren decirme su nombre. La defensa fué terrible, y terrible como la defensa, el ataque y la victoria. Nuestros soldados ¡y nuestros oficiales tambien! estaban ébrios; la sangre y el fuego los embriagaron más. En aquellos caseríos hallábanse ocultas algunas mujeres que, sin conseguirlo, habían intentado dias ántes penetrar en la plaza para unirse á sus esposos, á sus padres ó á sus hermanos; y si entre ellas se encontraba esta señora, podrá decir á usted que mi relacion es exacta, y que en el delirio de la lucha y del triunfo, nuestra gente no respetó más á las familias liberales, que á las familias carlistas: ¿ni cómo distinguirlas siendo extranjeros los que íbamos ensangrentándonos en españoles? El saqueo, la muerte, tal vez la deshonra, se repartió por igual. ¡Oh, la guerra tiene gran justicia distributiva!

(Á medida que Patrik habla, Eulalia se acerca más á Jaime y oculta el rostro con muestras patentes de una gran turbacion.)

JAIME. ¿Qué más? ¿Qué más?

PATRICK. Á concluir voy. Un reducido destacamento quedó en aquella posicion veinte ó treinta dias: de aquel destacamento formaba yo parte y tambien Sir Arturo Brandley. .

EULALIA. ¡Basta!... ¡Basta por Dios!... ¡Jaime!... (En tono de súplica y desesperacion.)

JAIME. No basta, Eulalia.

PATRICK. Sir Arturo Brandley, decía, á quien me ligaban inti-

ma y fraternal amistad y áun lazos de parentesco. Por fin diéronnos órden de abandonar aquel punto, porque fuerzas españolas venian á cubrirlo, formamos en la plaza al amanecer, y con las luces del alba desfilábamos tranquilamente por entre doble hilera de silenciosas casas, cuando oimos un grito terrible. Á una ventana hallábanse asomados un hombre y una mujer. ¡Me parece que aún los veo! Él vestía uniforme español: eran de los que habían llegado la noche ántes: *ella* fué la que gritó. Y despues, tendiendo los brazos hácia nosotros, loca, desesperada, rugiente, volvió á gritar, y aún resuena su voz en mis oidos; «¡Ese, ese... ese fué...» y señalaba á Sir Arturo.

EULALIA. ¡Sí!... ¡Eso dije!

PATRICK. Y el hombre saltó como un tigre por la ventana, se arrojó sobre mi amigo y le golpeó brutalmente en el rostro...

JAIME. ¡Y cinco minutos despues, luchando frente á frente, le atravesó de una estocada el pecho! ¡Oh, bastó con una sola! Maldito aquel hombre que tan poca vida tenía! (En esta última parte del diálogo, y mientras Patrick refiere los hechos indicados, la actitud de Jaime y Eulalia queda encomendada al talento de los actores. Quizá convendría, y pudiera ser de efecto dramático, que formando ambos un grupo estrechamente unido, y dominados por el recuerdo de aquella escena, reprodujeran en sus movimientos, aunque sin caer en la exageracion, algo de lo que aquel dia debieron expresar al asomarse á la ventana. Pausa.)

PATRICK. De suerte, ¿que yo no me había equivocado? ¿Aquella mujer y aquel hombre?...

JAIME. Aquella mujer que cumplía como esposa honrada, es esta. Y aquel hombre que vengaba su afrenta, soy yo. Y usted que sabe esto ¿quién es, á qué viene, y qué busca?

PATRICK. ¿Quién soy? Usted no lo ignora. ¿Á qué vengo? ¿Á

cumplir un deber: lo he dicho ántes. ¿Cuál es este deber? Escrito está en la última voluntad de un moribundo y de un amigo.

EULALIA. ¿Cuál fué? (Como á pesar suyo.)

JAIME. No le comprendo á usted. (Conteniendo á Eulalia.)

PATRICK. Arturo espiró en mis brazos, y en su agonía me dijo, que desde el cinco de Mayo hasta la llegada de usted, impulsado, no por la pasion, sino por el remordimiento, había penetrado varias veces en aquella casa en que no supo respetar á una mujer.

JAIME. ¿Él?... ¿En aquella casa?

PATRICK. Sí. Y la mujer, en aquellos dias, á ratos presa de la fiebre, otros en agitado sueño, y no pocos á impulsos de la desesperacion, pronunció frases que varias personas oyeron y que á cambio de oro fué recogiendo mi amigo. Aquellas frases le hicieron comprender cuál era la extension de su crímen y cuán imposible de borrar la mancha de su víctima.

EULALIA. ¡Mancha que se borró con el dolor y con el llanto!

JAIME. ¡Y con la sangre de aquel hombre!

PATRICK. No se borró, que una prueba queda y á buscarla vengo.

JAIME. ¿Dónde está?

PATRICK. (Al oido de Jaime, y señalando á Federico que en este momento se presenta por la derecha, primer término.) Ahí, en ese hombre en quien puso Dios el rostro de su padre.

ESCENA VIII.

EULALIA, JAIME, MISTER PATRICK, FEDERICO, éste último en traje de calle, por la derecha, primer término.)

JAIME. ¿Á qué vienes? (Arrojándose sobre Federico.)

FEDERICO. ¡Padre!...

EULALIA. (Conteniéndole.) ¡Jaime!

PATRICK. (Ap. á Eulalia.) (Así se arrojó sobre Arturo.)

FEDERICO. Me dijo Gabriel que entrase á saludar á Mister Patrick.

JAIME. (Conteniéndose.) Es verdad. (Presentándole.) Federico. (Se dan las manos: Federico con frialdad: Patrick con efusion y casi con cariño mal disimulado.)

FEDERICO. Y cumplido este grato deber, permítame usted que me retire. Un amigo parte en el tren de las cinco, prometí despedirle...

JAIME. Sí; Federico, vé.

FEDERICO. (Despidiéndose de Mister Patrick.) Ha sido un verdadero honor para mí estrechar su mano de usted.

PATRICK. Y para mí placer singularísimo.

FEDERICO. Adios, padre. Adios... madre mia... (En voz baja.) No puedo... y sin embargo... quisiera besarte... Dame tu mano... (Quizá es la última vez.) (Besándole la mano.)

EULALIA. ¡Federico! (Queriendo ir con él hasta la puerta.)

JAIME. Déjale ir. (Ap. y conteniéndola.)

FEDERICO. ¡Adios! (Despues de alejarse, vuelve de nuevo y le coge la mano con arranque apasionado.) ¡Adios, madre mia!...

EULALIA. Adios, Federico. (Ap.) (¿Por qué lloraba?... Lloraba, sí... una lágrima cayó sobre mi mano.) (Se queda mirándole: desde léjos te saludan. Federico sale por la derecha, segundo término.)

ESCENA IX.

EULALIA, JAIME, MISTER PATRICK.

JAIME. Al fin. (Viendo salir á Federico.) Terminemos de una vez. (Volviéndose á Patrick.)

PATRICK. Precisamente es lo que deseo.

JAIME. Hablaba usted de la última voluntad... de aquel hombre: decíase usted su guardador: á cumplirla se presentaba en esta casa... ¿Cuál es? Vea yo si su voluntad es compatible con la mia.

PATRICK. Sir Arturo, por un sencillo pero formal testamento de campaña, me dejó una parte de su fortuna: treinta mil libras esterlinas; pero no para mí.

EULALIA. (Ap.) (¡Ah!... ¡Dios mío!)

JAIME. Pues, ¿para quién?

PATRICK. Para... él. (Señalando hácia la puerta por donde salió Federico.)

JAIME. ¿Y quién le dió derecho á ese hombre para deshonrarme por vez segunda? Vivo, pude darle muerte: muerto, ¿en quién vengar la nueva afrenta?

PATRICK. Ni hay para usted, ni para nadie, afrenta en cumplir un deber: ni hay derecho en usted para privar á Federico de su fortuna: ni yo lo consentiré: ni lo puede consentir su madre.

EULALIA. No, Mister Patrick, Federico y yo jamás nos opondremos á lo que Jaime resuelva. Él me ha devuelto la honra que ya no tenía. Él ha dado nombre y familia á esa pobre criatura. ¡Nombre y familia digo? ¡Su propio nombre! ¡Su propia familia! ¿Qué más? Con un beso de sublime perdon ha borrado la mancha de mi frente!...

PATRICK. ¡No era de usted la culpa!

EULALIA. ¡Pero era mia la mancha! Y como si esto no bastara, llama hijo á quien en sus venas tiene sangre...

PATRICK. ¡Que él vertió! (Con energía y hasta con enojo.)

JAIME. ¡Por justa causa!

PATRICK. ¡No lo es nunca!

JAIME. ¡En buena ley!

PATRICK. ¡No ley divina!

JAIME. ¡Pero ley de honras!

PATRICK. ¡Más bien de venganzas!

EULALIA. (Con tristeza, pero con dignidad.) Basta, Mister Patrick; sean otros sus jueces: ni Federico ni yo, podemos serlo. Yo no tengo derecho para nada. Puedo suplicar, si á suplicar me atrevo y mi súplica no le molesta...

JAIME. ¡Eulalia! (Con cariño.)

EULALIA. ¿Pero exigir? Nunca. Piense usted que Jaime pudo, áun olvidando mi desdicha, arrebatar de entre mis brazos al pobre niño... Yo así lo creí... aquella noche... cuando entró en mi cuarto... y se acercó á mi lecho!... Y con el cuerpo aún dolorido, sentí en el alma dolor mil veces más agudo que el que había desgarrado mis carnes: y apreté entre mis brazos al pequeñuelo como para defenderlo!... Y entónces *él* (Señalando á Jaime.) mi Jaime... ¿Te acuerdas?... (Á Jaime.) Yo, ni en esta, ni en otra vida, ni en cien vidas que tuviera, si de la vida terrena queda memoria, ¡podré olvidarlo!

JAIME. ¡Eulalia! (Profundamente afectado.)

EULALIA. (Á Mister Patrick.) Entónces... Jaime... comprendió lo que yo tenía; y ví una lágrima en sus ojos, y se acercó á mí y me besó en la frente; y... despues... despues... despues tuvo corazon bastante grande, lástima bastante de mí y de aquel soplo de vida que temblaba entre mis brazos, para besar á Federico... ¡Sí!... ¡le besó!... y murmuró á mi oido: «Eulalia, tu hijo es mi hijo.» ¡Jaime!... ¡Jaime!... ¡bendito seas! (Se abraza llorando á Jaime. Pausa.) Y yo, ¿te acuerdas de lo que te dije? Pues yo no lo he olvidado. Yo te arranqué del dedo este anillo, y te dije lo que ahora te repito: Mi vida y la vida de Federico son tuyas. Si alguna vez somos para tí carga pesada, si alguna vez te avergüenzas de nosotros... bastará una palabra, un gesto, una señal... La vida te debemos, es tuya: tómala cuando quieras.

JAIME. Hoy te amo y te respeto como entónces.

EULALIA. Ya comprenderá usted, Mister Patrick, que yo... aunque quisiera... que al fin es mi hijo... nada puedo. Mi vida pende de la voluntad de Jaime. Que me mire sólo con desvío, y bien pronto... ¡pedazos de este anillo estarán en mis dientes, y su tósigo en mis labios, y su muerte en mis entrañas!

JAIME. No, Eulalia, no digas eso. (Abrazándola con efusion.)

EULALIA. Pues decide tú.

JAIME. Yo no estoy arrepentido de lo que hice por vosotros; pero hay cosas que son imposibles. Por hijo mio acepté á Federico: sufra las consecuencias de mi sacrificio como yo las he sufrido. ¡Tomar oro de aquel hombre y entregárselo á él... á él, que me cree su padre!... ¡No, esto es superior á mis fuerzas ó á mi virtud!... No, Eulalia, no: pídeme la vida, no me pidas... otra deshonra más. (Esta última frase con voz sorda, como hablando consigo mismo. Eulalia le escucha con ansiedad.)

EULALIA. Pues si es imposible, sea lo que tú dispongas. (Pausa.) Verdad es que Federico ama á Julia: tú lo sabes. Que su pobreza es un obstáculo á su amor. Que esa fortuna que Dios le envía á mi hijo, y que él quiere ir á buscar léjos... muy léjos... porque quiere irse á América... ¿Lo sabías?... (Acercándose á Jaime con tono cariñoso é insinuante.) ¡Ah! no creas que lo digo por enternecerte, no, Jaime; tu voluntad es sagrada para mí, pero bueno es que no ignores estas cosas, para que... tú... allá... á tus solas... contigo mismo... resuelvas lo más acertado.

JAIME. ¡Ay! Eulalia, y qué bien conoces el camino de mi corazon!

EULALIA. Pues esa fortuna, iba diciendo, que en rigor es suya, sería para él la felicidad, tal vez la vida. Pero ¿qué importa? yo, por él y por mí, renuncio de buen grado á todos sus derechos... como prueba harto mezquina de la inmensa gratitud que el hijo y la madre

te debemos. (Cada vez con acento más insinuante.)

JAIME. ¡Si yo pudiera! Pero... no puedo.,. no puedo... tú sabes que no puedo.

PATRICK. No se trata de que usted pueda ó no...

EULALIA. Basta: ya lo oye usted. Él lo dice, y lo que él diga repetiré yo siempre. Es inútil que usted insista.

PATRICK. Nobles sentimientos son ciertamente los que á ustedes inspiran; pero sobre el sentimiento está la razon. Y el sentimiento es culpa cuando prescinde del deber.

JAIME. Lo que no hagan en mí las lágrimas de Eulalia y su dolor, no ha de hacerlo usted con sus argumentos y retóricas. El oro de aquel hombre no irá nunca á Federico, miéntras se llame hijo mio. Y siempre se llamará mi hijo, porque lo exige la honra de Eulalia. Conque crea usted ahora lo que bien le plazca.

PATRICK. Pues yo creeré siempre que entre el buen derecho de Federico y ese caudal que su padre le ha legado. no son obstáculos legítimos un recuerdo de venganza y un recuerdo de gratitud. Mató usted al padre y despoja usted al hijo: y usted, señora... perdóneme; pero instigadora de aquel crímen, cómplice es usted en este despojo.

JAIME. ¡Mister Patrick!

PATRICK. Y juez soy yo de ambos.

JAIME. No hay en mi casa y en lo que me atañe más juez que yo.

PATRICK. No tanto. Sobre usted hay leyes eternas de justicia, y con ellas cualquiera es su juez.

ESCENA X.

EULALIA, JAIME, GABRIEL, MISTER PATRICK.

Gabriel por la derecha, primer término, apresuradamente y con una carta en la mano.

GABRIEL. ¡Madre!... ¡madre mia!.. Perdone usted, Mister Patrick, pero se trata de algo grave. En su cuarto ha dejado Federico esta carta... Es para tí... está cerrada... Sospecho lo que es... Lee por Dios... lee pronto...

EULALIA. ¿De Federico?... ¿Para mi?... Dame... dame...

GABRIEL. Sí... no pierdas un instante... vuela el tiempo...

EULALIA. (Con mano trémula rompe el sobre y lee en voz alta frases sueltas.) «¡Madre mia!... ¡mi felicidad!... perdóname!... ¡América!... ya no te veré!... ¡tu desgraciado hijo!...» ¡Me deja!... ¡me abandona!... ¡mi hijo!... ¡Hijo mio!... (Mira á su alrededor como extraviada, ve á Jaime y se acerca á él con ansiedad suprema y desesperacion.) ¡Mira! ¡Mira!... (Dándole la carta.) Jaime!... ¡Jaime de mi alma!... ¡Mi única esperanza! (Abrazándose á él.)

JAIME. (Sosteniéndola y leyendo á un mismo tiempo.) ¡Eulalia!... ¡Eulalia! ¿Qué quieres que haga?... ¡Nada puedo!

EULALIA. Pues bien... tendré valor... (Separándose de él y secando sus lágrimas.) Tú... lo eres todo para mí. Todo... todo en este mundo. No hagas caso de mis lágrimas... una madre llora con tanta facilidad... ya lo ves... no te ruego... no te molesto... ¿Verdad que no te molesto?

GABRIEL. Pero ¿qué se hace?

EULALIA. Nada... ¿No oyes á tu padre?... (Apoyándose en Gabriel para no caer.) ¡Federico... Federico... nunca más... te estrecharé en mis brazos! (Retorciéndoselos con angustia.)

PATRICK. (En voz baja á Jaime.) (Mata usted al hijo como mató al padre.)

JAIME. (Lo mismo á Patrick.) (¡Qué me importa ni uno ni otro! Quien me importa... ¡es Eulalia!) (Mirándola. Pausa. (Se miran los dos de léjos.)

EULALIA. (Tendiendo los brazos á Jaimo, pero sin acercarse mucho á él.) ¡Jaime... Jaime!

JAIME. (Corriendo á ella y sosteniéndola en sus brazos.) No: por nada de este mundo quiero que llores. Gabriel... vete... pronto... trae á tu hermano. Si es preciso, á la fuerza; dile que yo lo mando... que yo respondo de todo... que yo respondo de su felicidad...

EULALIA. ¡Ah! (Dando un grito de alegría.)

GABRIEL. Sí, padre; sí. (Corriendo hácia la puerta.)

JAIME. Pero no vuelvas sin él...

EULALIA. Pronto... pronto... (Gritando.)

GABRIEL. Le traeré, madre, le traeré! (Sale corriendo por la derecha, segundo término.)

ESCENA XI.

EULALIA, JAIME, PATRICK.

EULALIA. (Lo abraza llorando.) ¡Jaime!... ¡Jaime de mi alma!...

PATRICK. ¿Y esto significa?...

JAIME. Que lo que es de Federico... será de Federico... ¿Estás contenta? (Á Eulalia.)

EULALIA. ¡Gracias... gracias... mi Jaime... mi vida... mi todo. ¡Dios te vendiga!

PATRICK. La mano... venga esa mano...

JAIME. (Dándole la mano, mientras Eulalia se cuelga á su cuello.) No sé si es esto lo que debo hacer: creo que sí; pero sea como fuere, escuché el grito del corazon. (Quedan dándose la mano Jaime y Patrick y Eulalia abrazada á su esposo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

EULALIA, JAIME.

Jaime, sentado en el sofá, triste y pensativo. Eulalia, junto al velador, trabajando en sus labores.

EULALIA. ¿Qué tienes, Jaime?

JAIME. Nada.

EULALIA. ¿Estás triste?

JAIME. No.

EULALIA. ¿Te pesa lo que has hecho por mi amor, y por la felicidad, y tal vez por la vida de Federico?

JAIME. Pues si te dí con ello prueba de amor, y para él, que es tu vida, ha sido la felicidad, ¿cómo ha de pesarme, Eulalia, lo que por vosotros hice?

EULALIA. Estás preocupado, y por eso...

JAIME. En asuntos graves, muy graves, tuve por mi desdicha y por razon de mi destino, que entender; conque ya comprenderás que no han de faltarme motivos de preocupacion.

EULALIA. Es verdad, Jaime.

JAIME. Desempeñé con celo mi cargo, de suyo difícil y comprometido, y á tal punto llegaba mi candidez, que alegre venía de Lóndres, dispuesto á recibir, si no plácemes que creía bien ganados, justicia al ménos; pero ¡válgame Dios! Eulalia, que hasta hoy solamente recojo censuras, responsabilidades se me vienen encima, y hasta ecos de amenaza oigo resonar á lo léjos.

EULALIA. ¿Y qué importan esos desahogos de la envidia y de la maldad?

JAIME. Impórtanme mucho: que para quien vive entre gentes, y tiene mujer y tiene hijos, y nombre y honra que darles, la opinion ajena no es cosa baladí; y aunque jamás he de ser humilde siervo del que dirán, no me gusta que digan algo que me duela, áun doliéndome sin razon.

EULALIA. ¡Pobre Jaime! Mejor estábamos cuando éramos humildes y desconocidos.

JAIME. Mucho mejor. Con preparar mis expedientes á conciencia, cumplía ayer; y hoy... hoy hago cuanto puedo y cuanto sé, y, segun dicen, cumplo mal. ¡Maldito ascenso! ¡maldito destino!... Gracias á él, tuve que ir á Lóndres y conocí á ese Mister Patrick, que Dios haga que no nos traiga alguna catástrofe. (Se pasea con agitacion; de pronto se detiene delante de Eulalia.) Dime, Eulalia.

EULALIA. ¿Qué?

JAIME. ¿Sabes tú si Federico?. .

EULALIA. ¿Federico dices?

JAIME. Sí.

EULALIA. ¿Y bien?

JAIME. Te preguntaba si habló ya... con... con el señor don Bernardo?

EULALIA. Supongo que sí. Anoche fué allá. El pobre chico estaba loco de contento. Reía y lloraba á la vez, y vuelta siempre á la misma pregunta: «pero ¿es ver-

dad, madre? ¿no me engañas?»

JAIME. ¿Y fué... á decirle?

EULALIA. Lo que tú me encargaste. Que, merced á la inesperada herencia de cierto pariente, se hallaba en el caso de poner muy en breve á disposicion de don Bernardo nada ménos que tres millones. ¡Válgame Dios! Si parece mentira: si no me acostumbro á pronunciar esta cifra: soñando, imagino que estoy con un cuento de las ¡mil y una noches. ¡Tres millones! ¡Hablar de millones nosotros!

JAIME. Nosotros no, Eulalia: él.

EULALIA. Sí; es verdad: perdóname. Él, debí decir, porque son suyos.

JAIME. ¿Y le encargaste mucho?...

EULALIA. ¿Qué?

JAIME. ¿No lo recuerdas? Era... lo mas importante.

EULALIA. ¿Lo más importante, Jaime?

JAIME. (Acercándose á ella, y en voz baja.) ¿No te dije que era preciso que don Bernardo guardase la mayor reserva, respecto... á la suma... que por cuenta de Federico se le iba á entregar?

EULALIA. (Con alegría.) ¡Ya! ¿Era eso? Pues se lo dije puntualmente á Federico, y segura estoy de que al pie de la letra lo habrá repetido. Ea, no te apures, que se me angustia el corazon cuando veo sombras en tu frente.

JAIME. ¡Sombras en mi frente! Y con harto motivo.

EULALIA. Ninguno, Jaime.

JAIME. Sí, Eulalia; porque figúrate tú, ¡qué se diría si llegara á saberse que yo, Jaime Aguirre, el modesto empleado, dotaba á Federico... á mi hijo, porque para el mundo hijo mio es... en dos millones! ¡Y en estos momentos! ¡Despues de haber intervenido como agente principal en esa operacion inmensa de Lóndres, en que un funcionario impuro, sacrificando los intereses del Estado, hubiera podido en horas hacer-

se una fortuna! Mira, Eulalia, ayer no pensamos en ello. Más tarde vino á mí esta idea, no sé cómo, y toda la noche me estuvo hostigando. ¡Mi honra, mi nombre, arrojados como infame pasto á la murmuracion y á la calumnia! ¡No, ántes morir! (Vuelve á pasearse con agitacion.)

EULALIA. (Levantándose, siguiéndole y procurando tranquilizarle.) Jaime, cálmate: tú exageras; no estás en tí. ¿Quién ha de decirlo? ¿Quién ha de saberlo? (En voz baja.)

JAIME. ¿Quién? ¡Cándida eres en verdad! ¡Todo el mundo lo sabe todo, y todo lo dice todo el mundo! ¡Lo que es, y lo que no es, por añadidura! Esto es lo cierto. Y tendrían razon al acusarme, porque las apariencias serían abrumadoras. Y yo ¡sin defensa! porque ¿cómo decir?... No, Eulalia; no puede decirse: ya lo sé. ¡Ah! ¡lo que no puede decirse en voz alta, en la plaza pública, á los cuatro vientos, no debiera hacerse nunca: nunca, aunque lo pidiese con voces de amor ó con voces de agonía el corazon!

EULALIA. Jaime, yo nada te pedí ayer, nada te pido hoy; fuiste tú, por un noble arranque de tu alma, quien... ¿No lo recuerdas? ¿Estás enojado conmigo?

JAIME. ¿Contigo, mi buena Eulalia? No; no hay sacrificio á que por tí no esté dispuesto. No me arrepiento; lo que hice, bien hecho está. (Con nueva preocupacion.) Pero esto no quita para que sea cosa triste sufrir torturas de criminal siendo inocente.

EULALIA. Pero si nada de lo que supones ha sucedido: si no puede suceder: si te atormentas con cavilaciones que ningun fundamento tienen.

JAIME. Dios quiera que tengas razon. (Escuchando un instante.) Me parece que viene Federico. Me voy allá dentro: no quiero que me vea y que me pregunte. Ayudaremos al pobre viejo á escribir sus alabanzas y las mias, ya que nadie se encarga de esta tarea. (Se dirige á la puerta de la derecha, primer término. En el momen-

to de salir, entra Federico por la derecha, segundo término, y en traje de calle.)

ESCENA II.

EULALIA, JAIME, FEDERICO.

FEDERICO. ¡Padre!... ¡Madre mia!... (Acercándose á ella.)

JAIME. ¿Qué? (Deteniéndose en la misma puerta.)

FEDERICO. Un instante.—Quisiera que hablásemos. No he podido verte desde ayer.

JAIME. Tengo que hacer allá dentro, don Joaquin me espera... Ya comprendes. Asuntos graves.

FEDERICO. Poco tiempo te robaré, padre mio.

JAIME. (Bueno será saber si le recomendó á don Bernardo el secreto.) Como quieras, Federico, pero sé breve. (Se sientan ambos cerca de Eulalia, junto al velador.)

FEDERICO. Anoche hablé á don Bernardo, y le repetí punto por punto lo que tú me dijiste. (Á su madre.)

JAIME. ¿Y la causaría extrañeza la novedad?

FEDERICO. No lo creas: me escuchó sonriendo, pero así como quien dice: «ya me lo figuraba yo.» Juraría que mi futuro suego ha creido que somos millonarios.

JAIME. (Alarmado.) ¡Cómo! ¿Tú presumes... que él imagina que nosotros?...

FEDERICO. ¡Claro que no! ¡qué disparate! Pero cualquiera que no nos conociese lo hubiera pensado, viendo cómo brillaban sus ojos al mirarme, y cómo se endulzaba su eterna sonrisa, y con qué entonaciones tan singulares me decía: «Vamos, vamos, Federico, si no podía suceder otra cosa: si hay un Dios para los enamorados: si siempre he dicho yo que su papá de usted es hombre de muchísimo talento y que encontrará cuanto busque.»

JAIME. (Estallando con ira, que ha contenido mientras hablaba Federico.) ¿Y qué tiene que ver mi talento con todo eso?

¿Qué es lo que busco y encuentro? Qué piensa ese hombre de mí? Pues yo pienso de él que es un miserable.

EULALIA. ¡Jaime, por Dios!

FEDERICO. No te enfades, padre mio. Son cosas de don Bernardo; en sacándole de sus cuentas y de sus cálculos y negocios, ¿qué sabe él lo que se dice?

EULALIA. Pero, ¿tú le encargaste que guardára el más absoluto secreto sobre esa inesperada herencia?

FEDERICO. ¡Pues no faltaba otra cosa! Ni más ni ménos que tú me lo encargaste á mí

JAIME. Y ¿qué dijo?

FEDERICO. Dijo: «Desde luégo: ¿quién lo duda? Por mí nadie sabrá nada: no conviene; á su padre de usted le sobra razon. (Jaime da muestras de impaciencia.) Venga esa cantidad, esos dos milloncejos; y si tienen ustedes más, más aún, que entre mis manos crecerán como espuma.» Frases así: dándole lo que pide, no hay hombre más complaciente, ni más bonachon.

EULALIA. Ya puedes estar tranquilo. Ya lo estás oyendo. (Á Jaime.)

JAIME. (Lo que estoy oyendo... (Se levanta y pasea con agitacion creciente.) Lo que estoy oyendo es que hay un hombre que cree que yo soy un miserable: eso es lo que estoy oyendo. Y que hay un hombre ante el cual me subirá la sangre al rostro. ¡Cuenta no la haga yo bajar al corazon y salir por él!)

EULALIA. ¿Qué tienes, Jaime?

JAIME. Nada. (Ap.) (¿Quién sabe? Quizá exagero yo los peligros de mi situacion: quizá deliro: la verdad es que todavía no hay motivo...)

EULALIA. Pues ¿en qué piensas?

FEDERICO. Apostaría algo bueno á que piensa mi padre en lo mismo que yo estoy pensando.

JAIME. ¿Y en qué crees tú que pienso yo?

FEDERICO. En que por mucha que sea la modestia de nuestra fa-

milia, no hay razon para que oculteimos el orígen legítimo de ese caudal. ¿Es un crímen ser rico? Se dice la verdad á don Bernardo y á todo el mundo. ¡Cosa más fácil! «Hemos heredado tantos y tales bienes de don fulano de tal, con quien nos unía este ó aquel grado de parentesco.» ¿No te parece, madre mia? ¿No es esto lo natural?

JAIME. (Con voz sombría.) No.

EULALIA. No, Federico: hay cosas que tú no comprendes: hay circunstancias muy singulares en la vida. En fin, basta que yo te diga que no es posible.

FEDERICO. ¿Y tú opinas como mi madre?

JAIME. Sí.

FEDERICO. Entónces... si los dos creeis, que no debe decirse de quién proceden esos bienes, ni cómo, ni por qué han venido á nosotros... razones muy poderosas habrá para ello. (Como con cierta duda.)

EULALIA. Las hay, hijo mio.

FEDERICO. Pero ese caudal ¿es vuestro ó mio? Si es vuestro ¿por qué me lo cedeis á mí todo, con perjuicio de mi hermano? Si es mio ¿no puedo yo al ménos conocer su orígen?

EULALIA. (Con cierta turbacion.) Es tuyo, tuyo: legítimamente tuyo: puedes estar tranquilo.

JAIME. De nadie más: ni nuestro, ni de Gabriel.

EULALIA. Á tí debe bastarte, si tienes confianza en nosotros, la palabra de Jaime, y mi palabra, hijo mio.

FEDERICO. Me bastan, madre.

EULALIA. No habíamos de ofrecerte el fruto de una infamia ó de una deshon... (Se detiene y Jaime y ella se miran, como los actores crean que deben mirarse.) ¡Jaime!

JAIME. ¡Eulalia!

FEDERICO. Basta; no digas esas cosas, madre: yo creo en tí, yo creo en él, (Señalando á su padre.) como en mí mismo; más aún.

EULALIA. Gracias, Federico; gracias, hijo mio.

FEDERICO. Quedamos en que los tres millones me pertencen; pues sea así: me resignaré á ser capitalista. (Con tono alegre.) Pero ahora me falta por decir lo principal.

JAIME. ¿Tienes algo que decirnos todavía?

FEDERICO. ¡Pues no!

JAIME. Habla, que ya te escuchamos.

FEDERICO. Si es... que no sé cómo empezar.

JAIME. ¿Por qué? ¡Alguna mala noticia!

FEDERICO. No; mala noticia, no.

JAIME. ¿Concluirás?

FEDERICO. Es que desde que soy amigo de don Bernardo, he hecho grandes progresos en aritmética; y la aritmética y el egoismo han tenido no menores adelantamientos en mí.

EULALIA. No te comprendo.

FEDERICO. Si digo que no acierto á explicarme. Pero en fin, ello ha de ser, conque oidme. Don Bernardo me pide dos millones, como garantía de que soy hombre capaz de hacer feliz á su hija; pero mi herencia, segun afirmais, se eleva á tres millones; luégo segun cuenta matemática, me queda un millon disponible. Hasta aquí la aritmética.

EULALIA. ¿Y despues?

FEDERICO. Despues entra el egoismo. Como para alcanzar aquel amor mio que se llama Julia, el otro tirano suyo, que se llama don Bernardo, me pide como último precio cien mil duros, á sus arcas se los lleva, y no hay modo de que yo disponga de ellos. Pero obtuvimos ántes como resto un millon, y de éste ni palabra hablé á mi futuro suegro. (Se detiene y mira á su padre y á su madre sin atreverse á seguir, pero deseando que le comprendan.)

EULALIA. ¿Y bien!

FEDERICO. Y mal digo yo. Pero en fin, digo... aunque mi propia ruindad me sonroja... que, lo que es este millon... lo que es éste... ¿No?... ¿No me comprendeis?

EULALIA. No, Federico.

FEDERICO. No lo extraño: ¿ni quién ha de comprender reparto tan monstruoso? Allá dos... aquí uno!... Pero al cederos uno, os cedo cuánto tengo.

JAIME. ¡Calla! ¡Imposible!

FEDERICO. ¡Padre!

JAIME. (Conmovido.) ¡Eres un buen hijo! Tu madre y yo te agradecemos la intencion; pero ya lo has oido. Es imposible; no insistas.

FEDERICO. Pero ¿por qué?

EULALIA. Porque lo dice Jaime... y así es.

FEDERICO. ¡Porque no me quereis! ¡Porque me tratais como á un extraño!

JAIME. ¡Federico!

FEDERICO. Porque ya lo veo, ¡creeis que es deshonroso recibir de mí, lo que yo os doy con el alma y la vida! No parece sino que es la limosna de un cualquiera.

JAIME. Basta, Federico, yo te lo ruego.

FEDERICO. ¡Ah! ¡Si fuera Gabriel!

JAIME. ¡No más!

FEDERICO. ¡No parece sino que no soy hijo tuyo! (Á Jaime.)

JAIME. EULALIA. ¡Federico!

FEDERICO. Pues yo digo...

JAIME. Y yo digo tambien que estoy rogando y puedo mandar. (Con violencia y despues conteniéndose. Pausa.) Yo te agradezco, más de lo que tú piensas, el cariño que me tienes; y te pago mejor de lo que imaginas.

FEDERICO. ¡Padre!

JAIME. Sí era eso todo lo que tenías que decirme, dicho está. Ahora déjame. He de sacar de estos papeles unos datos que espera Joaquin. (Se sienta al velador y empieza á mirar unos papeles.)

FEDERICO. (Acercándose á su madre y hablándole con tono persuasivo.) Si tú quisieras...

EULALIA. (En voz baja á Federico.) (No más, Federico. Ven con-

migo. Déjale tranquilo. Hoy está disgustado.) Adios, Jaime.

JAIME. Adios.

FEDERICO. Perdóname si mis palabras...

JAIME. ¿Perdon me pides?... ¡No lo has menester!... Adios, Federico. (Eulalia y Federico se dirigen á la derecha, primer término, y llegan á la puerta de este lado.) ¡Ah! ¡Eulalia! ¡ven!

EULALIA. ¿Qué quieres? (Acercándose.)

JAIME. (Levantándose, llevándola á la izquierda y en voz baja.) (Oye... recuerda á Federico, que ha de guardar con su hermano el mayor secreto.)

EULALIA. No temas; nada dirá.

JAIME. Mira que tú, aunque eres su madre, no sabes lo que es Gabriel.

EULALIA. Descuida, Jaime.

JAIME. Bueno, adios. (Eulalia vuelve á unirse á Federico, que se quedó en la puerta indicada.)

FEDERICO. (En voz baja á su madre.) ¿Está enojada conmigo?

EULALIA. ¿Contigo? No. (Salen ambos.)

ESCENA III.

JAIME.

Esto es lo prudente: que sea un secreto para todos; hasta para mi propio hijo: para Gabriel más que para nadie. (Pausa.) ¡Pero Dios tenga lástima de mí! ¡Estoy conduciéndome como un criminal! ¡Sí á veces á mí mismo me parece que lo soy! ¿Qué más haría si lo fuera? ¡Pasar de pobre á rico en unas cuantas horas, como rio que crece de pronto, que siempre es con agua turbia: y no poder decir de dónde vienen mis aparentes riquezas: y suplicar á los que lo saben que guarden el secreto: y temer por todo: y palidecer por nada: y avengonzarme en mi propia

casa: y causarme espanto la presencia de Gabriel! Pues esto hago, y esto haría si fuese lo que no soy. (Nueva pausa. Las transiciones, los movimientos, los accidentes todos de este difícil monólogo, quedan encomendados al talento del actor.) Mi inteligencia se oscurece y el corazon me falta. ¿Hice bien al ceder á las razones de Mister Patrick, á las lágrimas de Eulalia y á los impulsos de mi alma? Yo creo que sí. ¿Podía negarme á dar á Federico lo suyo? Yo creo que no. Bueno: pues entónces, ¿por qué la fatalidad como torbellino invisible se retuerce en torno mio, y más y más me oprime entre sus vertiginosas espiras? Si no hay culpa en mí, ¿por qué me amenaza la pena más horrible, más infame, más tremenda: la pena de la deshonra. (Nueva pausa.) ¿He de confesar la verdad? ¿He de manchar la frente de mi esposa, manchándome á mí mismo de rechazo? ¿He de llamar á mi familia en torno mio, para decir á Eulalia de mi alma: «De rodillas, y escucha tu sentencia...» ¿Cómo, si ella es mi amor? Y á Gabriel: «Mira, esa mujer que es para tí el símbolo de la pureza, fué deshonrada, y tu hermano es el fruto de la deshonra: ya te contaré esta tragedia.»—¿Pero me creería? ¡Ah! yo sé que no, que desatado el monstruo de la duda, no hay domador que lo enjaule! Y á Federico: «¿Pensabas que yo tenía tu misma sangre, sangre de tu padre? La tengo, sí, infeliz; pero no en las venas, sino en las manos.» ¿Es esto lo que el deber exige de mí? Pues esto no fuera bastante. No; que si pública ha sido mi deshonra, pública habría de ser esta otra deshonra tambien para borrar aquella. Y tendría que correr por calles y plazas arrastrando conmigo á ¡*ella*! y á ¡*ellos*! y gritando en las encrucijadas como en infame pregon: «Las riquezas de ese hombre, que pasó por hijo mio, son el fruto de la mancha de esta mujer, que es mi propia mujer; conque decidme y aconsejadme, hom-

bres de honra y mujeres de virtud, si debo ensangrentar mis manos en todos estos infelices, ó si debo estrellarme el cráneo contra las piedras, por si al choque de muerte brota en mí alguna luz y alguna idea!» (Cae vencido junto al velador y se oprime la cabeza entre las manos. Pausa.) ¡No lo sé!... ¡Digo que no lo sé!... ¡Nada!... ¡No hay modo de que yo averigüe si puede decirse lo que no puede decirse!—Álguien viene... ¿Quién será? (Escuchando algunos momentos.) ¡Es mi hijo!... ¡Es Gabriel! No... á él no... ¡á él jamás!—Pobre Eulalia, y cómo se desplomaría bajo la mirada de su hijo!... ¡Calma! ¡calma!... Esperaré.—¿Quién sabe? (Se pone apresuradamente á trabajar en el velador, consultando, ó fingiendo que consulta unos papeles) ¿Quién sabe todavía?

ESCENA IV.

JAIME, GABRIEL.

Este sale por la derecha, primer término, en traje de calle y estrujando un periódico que trae en la mano.

GABRIEL. ¡Padre!

JAIME. ¡Hola! ¿Eres tú? (Sigue fingiendo que trabaja.)

GABRIEL. ¿Estás muy ocupado?

JAIME. Mucho, muchísimo: ya lo estás viendo.

GABRIEL. ¿Asuntos de interés?

JAIME. ¡Oh! de gran interés!

GABRIEL. Pues yo tambien quería hablarte de algo, que te interesa, tanto por lo ménos, como lo que ahora te ocupa.

JAIME. ¿De algo que me interesa? (Suspendiendo el trabajo y aparte.) (¿Qué será?)

GABRIEL. Sí, padre mio; pero no te alarmes. No vale la pena. Insinuaciones malévolas á que es preciso contestar:

calumnias que es forzoso desvanecer: infamias que piden castigo y que ¡por Dios santo! que de mi mano han de tenerlo.

JAIME. Hablas, hablas, y no me dices cuáles son esas infamias y esas calumnias. Á cualquier cosa tengo por seguro que das tú el nombre de infamia. ¡Oh! ¡carácter más exagerado! Pero, en fin, sepamos de qué se trata; que si fuera lo que afirmas, yo sabría qué hacer.

GABRIEL. ¿Tú, padre mio? No lo pienses. Yo te lo advierto, porque bueno es que sepas lo que se dice. Pero ¿á qué dar más importancia de la que tienen á unas cuantas ridículas murmuraciones?

JAIME. ¿Acabarás de murmurar tú?

GABRIEL. ¿Has leido los periódicos?

JAIME. Algunos.

GABRIEL. ¿Y has visto cómo te atacan?

JAIME. Sí; pero ¿qué hemos de hacer? Están en su derecho, y hay que respetarlos. Ya contestaremos don Joaquin y yo, de una manera digna, pero enérgica.

GABRIEL. ¿Y has leido tambien *El Justiciero*? Yo lo encontré en casa de la viuda de Aguilar. Doña Maggdalena me lo dió con cierta mirada fria y desdeñosa.

JAIME. No, no lo he leido.

GABRIEL. Pues en un suelto... habla del asunto y de tí.

JAIME. ¿En qué términos?

GABRIEL. En términos muy duros: casi insultantes.

JAIME. Todo sea por Dios.

GABRIEL. Y de seguida en otro suelto, anuncia la boda de Federico.

JAIME. ¡Ah! ¡La boda de Federico!

GABRIEL. Parece que anoche mismo, don Bernardo la hizo pública. Había gente en su casa: estaban dos noticieros, y circuló el anuncio como chispa eléctrica por todo Madrid.

JAIME. ¡Vamos! Ya estará contento tu hermano.

GABRIEL. No mucho cuando sepa lo que dicen.

JAIME. ¡Lo que dicen! Pues... ¿qué dicen?

GABRIEL. En ese suelto de que te vengo hablando, nada.

JAIME. Entónces.

GABRIEL. Pero en otro tercer suelto, separado solo del segundo por una raya negra, se añade que el hijo de un *opulento empleado*, frase textual, que ha de contraer matrimonio con una linda señorita, ha encargado ya á Lóndres el regalo de boda.

JAIME. ¿Á Lóndres? ¿El regalo de boda?

GABRIEL. Sí. Que personas inteligentes *en estos asuntos*, tasan en dos millones.

JAIME. ¡Eso dice? (Dando muestras de gran turbacion.)

GABRIEL. Eso, padre mio.

JAIME. Dame, dame... Quiero yo leerlo. (Le arrebata el periódico de las manos y leo con creciente angustia.)

GABRIEL. Mira... mira... los tres sueltos... uno á continuacion de otro: como fatales eslabones de una misma cadena: como negro y sangriento surco que en la frente de un hombre honrado hubiera abierto, de una dentellada no más, monstruo de calumnia con triplicada fila de envenenados y agudísimos dientes en las fauces. Eso dice ahí... ¿lo ves?... Los comentarios de palabra son más explícitos. Letras por valor de treinta mil libras realizadas en Madrid por Mister Patrick; expansiones imprudentes de don Bernardo; boda dias há imposible, hoy convertida en hecho; en fin, lo necesario para dar á la calumnia colorido y verosimilitud.

JAIME. ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... (Vacilando, cayendo al fin en una silla próxima al velador, en el cual deja el periódico, y oprimiéndose la cabeza entre las manos.)

GABRIEL. ¡Padre! ¿Qué tienes, padre?

JAIME. ¡Dios del cielo! Si tu piedad me falta, ampáreme al ménos tu justicia.

GABRIEL. ¡Vamos!... No te apures... Yo te juro que hemos de castigar á esos infames.

JAIME. Es que me faltan ya fuerzas y me falta resignacion.

GABRIEL. ¡Malhaya mi carácter!... ¡No te aflijas!... Tú eres lo primero, ¡qué diablo!... Yo te dí este periódico porque la rabia me ahogaba y no pude contenerme. Pero hice mal; ya veo que hice mal.

JAIME. No; has hecho bien: estas cosas hay que saberlas.

GABRIEL. Á tí ¿qué te importan? Nadie cree en ellas. La calumnia es tan grosera, que ni merece tomarse en serio. ¡Tú dar millones á Federico! ¡Millones en mi casa! ¡Válgame Dios, padre mio! Si yo no sé por qué me he indignado contra semejante desatino! ¡Si esto, más que enojo, da risa! Rie conmigo, padre: ríete de todo el mundo. Vamos ¿no te hace gracia la ocurrencia? (Procura distraerle y calmarle, pero Jaime continúa silencioso y sombrío.) Á ver ¿dónde está esa suma fabulosa? Que yo la vea con mis ojos, y la toque con mis manos, que sabidos son mis achaques de excepticismo. ¿Y en qué ha sido el regalo á Federico? La verdad, padre, no te ocultes de mí: soy de la familia. Veamos: ¿en plata? ¿en oro? Pues ¿cómo no veo yo correr rios espléndidos de los nobles metales por estas habitaciones? ¿Cómo no se ha filtrado algun humilde arroyuelo hácia la mia? ¡Eh! ¿me oyes, padre?

JAIME. Sí; te oigo, por desdicha.

GABRIEL. (Sigue cariñoso y solícito hablando en tono de broma.) No, en metal no ha sido. Pues habrá sido—esto es—en esas misteriosas tiras de papel que se llaman *talones del Banco*, y en que dicen algunos, que de paso las han visto, que caben desahogadamente dos, tres y cuantos millones se quieran. ¿Acerté? Eso es; bajo tal forma penetraron sin duda en esta casa las portentosas unidades á que cuando niños llegamos diciendo con cierto sonsonete de mofa, «¡*millon ó cuento*!» sin duda porque ha de ser para nosotros los pobres de espíritu, *cuento* y *cuento fantástico* todo millon. ¡Nada me dices, padre! ¡Que no te vea yo así! Vamos, áni-

mo: haz como yo. Pasada la primera impresion ya lo ves, me burlo del articulista, y me burlo del periódico, y de mí mismo me burlo. Yo estoy ya perfectamente tranquilo. ¿Y tú?

JAIME. (Distraido.) ¿Yo? Tambien.

GABRIEL. ¿Tú tranquilo? (Cambiando de tono.) No, padre mio. ¿No estoy viendo tu frente bañada en sudor? ¿Tus ojos enrojecidos, tus labios trémulos? ¡Ea, padre, coraje y á ellos! No hay mas tribunal que la conciencia, para quien tiene conciencia: no hay para un hombre de honor más juez que él mismo.

JAIME. No hay más juez que uno, él mismo: pero hay muchos verdugos: ¡los demas!

GABRIEL. Quien mata en nombre de la ley, verdugo se llama. Quien mata entre tinieblas y á traicion se llama asesino: y asesinos de honras son los que pretenden manchar la nuestra. (Con violencia.)

JAIME. (Levantándose con ímpetu furioso.) ¿Y qué has hecho con ellos?

GABRIEL. Busqué al director del periódico.

JAIME. ¿Le conocías?

GABRIEL. Há tiempo fué mi amigo.

JAIME. ¿Y qué?

GABRIEL. Le dije que era un miserable.

JAIME. ¿Y él?

GABRIEL. Demostró serlo, porque se puso pálido y balbuceó excusas.

JAIME. ¿Y entónces?

GABRIEL. Me dijo que redactase yo mismo una rectificacion.

JAIME. ¿Y tú?

GABRIEL. Vengo á que la redactes como quieras.

JAIME. ¿Como yo quiera?

GABRIEL. Sí.

JAIME. Pues escribe que el periódico ha mentido: que yo no doy nada á Federico para esa boda: ¡nada! ¡ni siquiera mi nombre! Que la tal boda probablemente no se lle-

vará á cabo, y si se lleva, será porque don Bernardo monte en generosidad y dé su hija de balde. Y agrega que Jaime Aguirre, por nada, ¡por nadie! sacrifica su honra, y que el dia que la pierda, tan unidas están, que con ella perderá la vida. ¿Comprendes? (Fuera de sí.)

GABRIEL. Sí, padre, si, te comprendo. (Con arranque de alegria.)

JAIME. Siéntate y escribe todo eso; y para que lo escribas como yo quiero que lo escribas, oye todavía esto. (Cogiéndole por un brazo.) ¡Tu padre te jura, por su nombre, que es el tuyo; por su honra, que es tu honra; por su alma, que es de Dios, pero que en este juramento la empeña, que es pobre, tan pobre hoy como ayer; y si no lo fuese, y tú llegas á saberlo, dí á todo el mundo que tu padre es un miserable, y dímelo á mi mismo, que yo desde ahora te perdono y desde ahora me maldigo! ¿Comprendes?

GABRIEL. (Estrechándole en sus brazos.) ¡Así te comprendo! ¡Gracias, padre, gracias!... ¡Yo bien sabía esto!... pero al oirte, es tal mi gozo, que me parece que lo sé por vez primera.

JAIME. Pues siéntate... siéntate ahí... y escribe. (Gabriel se sienta al velador.)

ESCENA V.

JAIME, GABRIEL, EULALIA, MISTER PATRIK.

EULALIA. Entre usted, Mister Patrick. (Desde fuera.) Aquí está Jaime.

JAIME. ¡Otra vez!

GABRIEL. (Ap.) (¡Otra vez ese hombre!)

JAIME. (Ap. á Gabriel.) (Vete... vete... allá dentro, y escribe lo que te he dicho.)

GABRIEL. Adios... pronto volveré. (Sale por la derecha, primer término.)

ESCENA VI.

JAIME, EULALIA, MISTER PATRICK.

Los dos últimos por la derecha, segundo término, Mister Patrick tiende la mano á Jaime, que éste toma maquinalmente.

PATRICK. Á cumplir vengo lo prometido. Realicé esta mañana las últimas letras, y como deseo regresar pronto á Lóndres y verme libre de responsabilidades, del refran español me amparo; es decir, «á cada cual lo suyo y á Dios lo de todos.» ¿No es esto, amigo don Jaime? (Pausa. Jaime se muestra distraido y áun contrariado por la presencia de Patrick: le mira desconfiado y triste, y permanece silencioso.)

EULALIA. Jaime... te saluda y te habla Mister Patrick.

JAIME. Ya le veo; ya le oigo. Mira, Eulalia, (Llamándola aparte.) busca á Federico y á Gabriel, y no te separes de ellos: que no estén solos; que, sobre todo, no hablen á solas.

EULALIA. (Ap.) (¿Ocurre algo, Jaime?)

JAIME. (Lo mismo.) Ocurre que el infierno se ha desatado contra mí, y tambien contra tí, pobre muier; y que es preciso encadenarlo; y que á encadenarlo voy, aunque al contacto de su fuego se me enrojezcan las cadenas y se me abrasen las manos.

EULALIA. ¡Jaime!

JAIME. Ya verás: luégo te lo contaré todo. Ahora... á ellos... no los dejes.

EULALIA. ¿Qué es esto, Dios mio? ¿Qué nueva desdicha?

JAIME. Esto es deshonra, y es muerte, y es que Dios no nos tiene de su mano, (Sale Eulalia por la derecha, segundo término.)

ESCENA VII.

JAIME, MISTER PATRICK.

PATRICK. ¿Novedades tenemos?

JAIME. No; que la calumnia no es novedad. Lea usted eso. (Le entrega el periódico que dejó sobre el velador. Pausa.)

PATRICK. (Leyendo con flema y sonriendo.) ¡Oh! ¡Es curioso! muy curioso! Estas cosas saben ustedes hacerlas muy bien en España.

JAIME. ¡Es infame!

RATRICK. Infame, si usted se empeña. ¿Y para qué me enseña usted esas infamias?

JAIME. ¡Mister Patrick, amigo mio, yo no puedo sacrificar mi honra por nada, ni por nadie!

PATRICK. ¡Oh!

JAIME. Es de mi familia, es de mi hijo, es de Dios, que al infundir esta alma mia, en este mi cuerpo, limpia me la dió; y aunque le devuelva el cuerpo manchado en sangre, lo que es ella... ella sin mancha ha de volver á su Creador.

PATRICK. (Le escucha frio, impasible, sin mirarle casi; con la vista al frente, y sin hacer caso, al parecer, de la vehemencia de Jaime.) ¿Y quién le dice á usted que la manche?

JAIME. ¿Quién? ¿No ve usted lo que ahí está escrito? (Señalando el periódico.)

PATRICK. ¿Qué?

JAIME. ¿No lo ve usted? ¿No lo comprende usted?

BATRICK. Comprendo, aunque me pesa comprenderlo, que retira usted su palabra: que elude usted un compromiso solemne: que se arrepiente usted, de lo que en su lenguaje exagerado llama usted «¡un sacrificio!» de lo que yo llamo sencillamente «el cumplimiento de un deber.»

JAIME. Sus palabras de usted son muy duras. Pero ¡ah! que

mi situacion es horrible.

PATRICK. Si verse en el caso de cumplir una obligacion sagrada, y de devolver al hijo la fortuna y tal vez la vida, que arrancó usted al padre, es verse en situacion horrible, tanto lo era ayer como hoy. Cuando usted cedió á mis razones fué porque las creyó justas: ¿no es así?

JAIME. Así es.

PATRICK. Pues si ayer eran justas, ¿cómo no lo son hoy? El bien ¿puede dejar de ser bien porque al mal le plazca? ¡Eh! ¿No me oye usted?

JAIME. Si le oigo, pero á la par oigo el eco de mi deshonra. Lo saben todo... y no saben la verdad.

PATRICK. Pero usted ¿cumple sus deberes porque lo sepa la gente, ó porque tiene una conciencia?

JAIME. Léjos del peligro, con facilidad y á sangre fria se razona.

PATRICK. Por eso se razona bien; y porque usted ve el peligro de cerca, y á usted es á quien amenaza la catástrofe, razona usted mal, mi pobre don Jaime.

JAIME. Si hubiera usted entrado há poco y hubiera usted oido á Gabriel, comprendería usted mi ansiedad y mi angustia.

PATRICK. Oiga usted mi voz, que es leal, que es desinteresada...

JAIME. Ayer la oí: ayer cedí, Mister Patrick.

PATRICK. Á las lágrimas de su esposa de usted, no á mis razones. Por amor á su esposa, cumplió usted en aquella ocasion como bueno: por miedo... por miedo á su hijo, esta es la palabra, falta usted hoy á lo que corresponde á un hombre honrado.

JAIME. ¿Y quién puede probarme que falto á mi obligacion rechazando los bienes de Sir Arturo?

PATRICK. (Con impaciencia.) ¿Volvemos al principio?

JAIME. ¿Dí nombre, familia y honra á Federico? Responda usted.

PATRICK. Sí.

JAIME. Pues por hijo mio le acepté sin serlo, al adquirir aquello á que no tenía derecho, perdió los suyos.

PATRICK. ¿Ha contado usted con él, para esa sustitucion de unos derechos por otros?

JAIME. No, ciertamente.

PATRICK. ¡Ya! Pues concedo que se sacrificase usted por Federico sin consultar su voluntad; y concedo mucho: pero, en fin, pudo usted hacer lo que hizo, y, sobre todo, hecho está. Lo que usted no puede es, á pretexto de una buena accion, cometer una infamia.

JAIME. ¡Infamia!

PATRICK. Lo será siempre quitar á un hombre lo suyo, porque así nos convenga por cualquier linaje de razones.

JAIME. Pero ¿he de decir á Gabriel, á Federico, al mundo, la verdad?

PATRICK. Eso no es cuenta mia.

JAIME. (Con angustia.) Es usted cruel, implacable.

PATRICK. Como la voz del deber. Conque, don Jaime, decida usted algo.

JAIME. (Con angustia creciente.) ¿Qué quiere usted que decida?

PATRICK. Quiero que escoja usted entre la verdadera honra, que ha de ser quizá deshonra para el mundo, ó la verdadera deshonra con miserable disfraz de honradez. Este es el dilema: *esta es la cuestion*, como dice nuestro gran poeta.

JAIME. (Con desesperacion.) Y Gabriel, ¿qué pensará de mí?

PATRICK. ¡Ay de él si duda de su padre!

JAIME. ¡Pero yo no quiero... no quiero que dude de mí!

PATRICK. Ni Dios tampoco, á lo que yo pienso, quiere que duden de él; y, sin embargo, dudan muchos... y usted mismo duda...

JAIME. ¡Yo!

PATRICK. Sí: pues duda usted de su justicia, y vacila al cumplir su obligacion. (Con solemnidad.)

JAIME. Yo no dudo... yo quiero cumplir como deba... (Dominado ya por Patrick.) Pero mi hijo... mi hijo dudará...

PATRICK. Tanto peor para él: terrible será el castigo.

JAIME. ¡Pero es que yo no quiero que lo sea! ¡Yo le amo con toda mi alma... es mi vida... mi esperanza... mi orgullo... mi todo!

GABRIEL. (Desde dentro con voz terrible.) ¡Padre!

JAIME. ¡Su voz!

GABRIEL. ¡No es verdad!

JAIME. ¿Qué dice? ¿Le oye usted?... ¿Qué dice?

GABRIEL. ¡Padre!

ESCENA VIII.

JAIME, MISTER PATRICK, EULALIA.

EULALIA. (Entrando apresuradamente por la derecha, primer término.) ¡No he podido evitarlo!... ¡No he podido!... ¡Te lo juro!... ¡Perdóname, perdóname, Jaime!

JAIME. Pero ¿qué sucede?

EULALIA. Federico... ha ofrecido á su hermano... una parte de su fortuna...

JAIME. ¿De modo... que... Gabriel sabe?...

EULALIA. Sí: lo sabe ya.

GABRIEL. (Dentro con voz colérica.) ¡Déjame... quiero verle!

EULALIA. (Asomándose á la puerta.) Federico no le puede contener... quiere venir...

JAIME. (Á Patrick.) ¿Lo ve usted?

PATRICK. Que venga. ¿Ha de temblar un padre ante su propio hijo?

JAIME. Sí... sí... cuando el padre es inocente y el hijo es implacable.

PATRICK. ¡Vive Dios!

JAIME. Déjenos usted... yo se lo suplico...

PATRICK. Pero ¿qué resuelve usted?

JAIME. No lo sé todavía... Lo que usted quiera... Pero ¡por Dios santo! que Gabriel no le encuentre conmigo...

EULALIA. Ya viene...

PATRICK. Muestre usted energía. Adios: volveré ó le escribiré á usted. (Sale por la derecha, segundo término.)

JAIME. ¡Adios!

GABRIEL. (Dentro.) Te digo que me dejes... pero ven... ven conmigo.

FEDERICO. ¡Gabriel?...

ESCENA IX.

JAIME, EULALIA, GABRIEL, FEDERICO. los dos últimos por la derecha, primer término.

Los personajes ocupan las siguientes posiciones: Jaime á la izquierda, Eulalia cerca del velador: Gabriel y Federico, trayendo aquel á éste por un brazo, se detienen un momento á la derecha.

JAIME. (Al ver á Gabriel, retrocede unos pasos hácia la izquierda como aterrado.) ¡Dios mio!

GABRIEL. (Soltando á su hermano y avanzando hácia su padre.) ¡Padre!

JAIME. ¿Por qué me buscas?

GABRIEL. (Avanzando aún más.) ¡Por qué me huyes?

JAIME. ¡Huir yo!... ¿Y de tí?... (Arrojándose sobre Gabriel y cogiéndole con furor. Eulalia, angustiada, se aproxima á ambos: Federico tambien: quedan los personajes de izquierda á derecha (del espectador) en el órden siguiente: Jaime, Gabriel, Eulalia y Federico.) ¡Si eres mi propia carne, y como mia puedo desgarrarla: si eres mi propia sangre, y como mia puedo verterla! ¿Por qué había de huir de tí, desdichado?

GABRIEL. (Sin oponer resistencia á su padre, y, ántes bien, mostrando alegría.) ¡Así te quiero, así!... Haces bien: humíllame,

maltrátame, hiéreme: lo merezco. Sí, digo que lo merezco. Oye, padre: ó soy un miserable, ó la razon me falta, ó la ha perdido mi hermano. Porque... ¿no sabes? ¡Cómo has de saberlo! ¡Cómo pudieras adivinarlo!... ¿Sabes lo que dice? (Señalando á Federico.) Pues oye... oye...

EULALIA. (Procurando calmarle.) ¡Gabriel!...

GABRIEL. (Sin atender á su madre.) Pero no: ántes escucha esto otro que voy á decirte. ¡Recuerdas lo que me dictabas hace un momento? «Escribe que el periódico ha mentido: que yo nada doy á Federico para esa boda. Tu padre te lo jura por su nombre, por su honra, por su alma: y si llegas á saber que no es verdad, dí que tu padre es un miserable, que yo desde ahora te perdono y desde ahora me maldigo.» ¿No fueron estas tus palabras, aún más enérgicas, más duras, más hermosas en su terrible indignacion?

JAIME. (Con voz sombría.) Sí.

EULALIA. No más, Gabriel.

GABRIEL. Déjame, madre... déjame... Pues ese... (Á Jaime.) ese... Federico... mi hermano... ¡Si parece mentira!... ¡No, te digo que tú no eres mi hermano! ¡Si no fuera por la honra de esa mujer, juraría que tú no eres el hijo de mi padre!

EULALIA. (Con desesperacion.)
JAIME. (Con voz terrible.) } ¡Gabriel!

GABRIEL. Pues ¿por qué ha dicho eso?... ¿Por qué lo ha dicho?... Mírale (Á su padre, señalando á Federico.) cómo palidece!... ¡Ah!... es que me aseguró... atiende... me aseguró, que ese papel dice verdad; que tú le regalas ¡no sé cuantos millones para esa boda! ¡que tú, mi padre, me has engañado!... Eso ha dicho: créome: ¡aunque ahora lo niegue, eso ha dicho el miserable! Vamos... confiesa que estás loco, infeliz: (Á su hermano.) confiésalo y lloraremos tu desgracia, pero no repitas la infamia que me dijiste, porque la som-

bra de Cain se me pone delante y se me mete corazon adentro.

EULALIA. ¡No más!... ¡Calla!... ¡Soy tu madre!... Yo te lo mando!

GABRIEL. (Señalando á su hermano.) Pues que hable.

FEDERICO. Habla tú, padre mio: yo te lo ruego.

GABRIEL. Sí: él; bien dices. (Pausa. Todos miran á Jaime.) ¿Por qué no hablas? La indignacion se te cuaja en la garganta y no puede romper en palabras ¿verdad?

JAIME. La indignacion, no.

GABRIEL. ¿Pues qué?

JAIME. ¡El dolor!

GABRIEL. ¿Por qué dudo de tí? ¡Si no dudo!

JAIME. Porque vas á dudar.

GABRIEL. Si no dudaré.

JAIME. ¿Nunca? ¿Suceda lo que quiera?

GABRIEL. ¿Dudar de tí? Nunca: fuera ponerme en camino para dudar de Dios.

JAIME. ¿Crees en él?

GABRIEL. En *él* creo.

JAIME. ¿Verdad que sí? Á pesar de que ves el mal sobre la tierra: de que te rodean misterios que no comprendes: de que hay sombrías contradicciones en las cuales se estrella impotente tu razon?

GABRIEL. Á pesar de ¡todo: sí. Pero esto lo dices para probarme.

JAIME. Te digo esto, Gabriel, porque así como hay cosas que el Creador no quiere revelar á las criaturas, hay cosas que un padre no puede decir tampoco á sus hijos. Y como crees en el Padre de los cielos para las cosas divinas, debes creer en mí para estas miserables cosas humanas. Porque ¿si no crees en mí, en quién vas á creer? Si no tienes fe en tu padre, quién te la inspirará?

GABRIEL. La tengo: tan grande como puede tenerse en un sér humano.

JAIME. ¡Cruel, no es eso! ¡Yo debo ser para tí aún más, ó no tienes alma?

GABRIEL. ¡Más! ¿Y qué más es posible?

JAIME. ¡Tener confianza en mí, áun siendo cierto lo que dice Federico!

GABRIEL. ¡Aun siendo cierto... ¿Dices que aún siendo cierto? Sí: áun entónces; pero no lo es, y es mejor que no lo sea.

FEDERICO. Yo no he mentido, Gabriel.

GABRIEL. ¡Otra vez! Sí: ¡has mentido!

JAIME. ¡¡No!!

GABRIEL. (Con expresion de asombro y angustia, que solo el talento del actor puede interpretar debidamente.) ¿Qué?... ¡que dijo la verdad! ¡Entónces... tú, padre... entónces lo que cuentan de nosotros... entónces lo que tú jurastе!... (Cae en una silla próxima al velador, y oculta el rostro entre las manos.) ¡No!... ¡padre!... ¡ten compasion de mí!... ¡no... no es posible!... ¡Dí... que no es verdad... que no es verdad... que no es verdad!

EULALIA. (Acercándose á él con cariño.) ¡Gabriel... Gabriel... hijo mio!

JAIME. (Acercándose á él, y cogiéndole una mano.) Ea, vamos, ¿por qué callas tú ahora? ¿Por qué no me miras? Aprieta la mano... Y habla... habla... Dí lo que piensas de mí. ¡Mal corazon! ¿te parece justo que yo tenga que hacerte esta pregunta? Levanta la cabeza y mírame de frente... (Le obliga á hacer lo que dice.) Y dí algo... dí algo, ¡voto al infierno! (Pausa.)

GABRIEL. ¿Eres rico?

JAIME. No.

GABRIEL. ¿Y Federico lo es?

JAIME. Sí.

GABRIEL. (Despues de una pausa.) Sea en buen hora. Es mi hermano: yo le quiero: merece ser feliz. Pero... tú... explícame cómo y de dónde han venido esas riquezas. (Se levanta.)

EULALIA. No puede explicártelo.

GABRIEL. ¡No puede! Sí podrá, cuando pudo recibirlas. Tú, madre, perdóname, pero no comprendes estas cosas. Déjame á mí. ¿Verdad, padre, que has de decirlo, y en voz alta, y á todo el mundo? ¿Y que además de decirlo has de probarlo?

JAIME. ¡Jamás!

GABRIEL. ¿Jamás? Entónces creerán todos lo que dice ese papel.

JAIME. Pues que lo crean.

GABRIEL. ¿Te importa tan poco la opinion ajena?

JAIME. Me importa más la propia.

GABRIEL. Y dejarás que te deshonren?

JAIME. Preferible es á que me deshonre yo.

EULALIA. Basta te digo, Gabriel; si no eres un mal hijo, mira á tu padre y adivina su angustia; y si no tienes corazon para adivinarla, ten ojos para verla. (Señalando á Jaime, que parece abrumado por el dolor. Pausa.)

GABRIEL. Pues sea. Cumple como tu conciencia te dicte. Nada digas.

JAIME. (Con explosion de alegría, y abriéndole los brazos.) ¡Gabriel!

EULALIA. (Lo mismo.) ¡Al fin!

GABRIEL. Nada digas... á los demas. Pero á mí, á mí solo, al oido, en voz muy baja; á mí, padre, dímelo, que yo quiero saberlo. Á tu hijo, ¿por qué no has de decirlo, aunque no pueda decirse á otros?

JAIME. Tú lo has dicho: porque no puede decirse.

GABRIEL. ¡Que no puedes! Sí puedes. ¿Soy yo como otro cualquiera? Yo tengo derecho á que me digas la verdad. Tu deshonra voy á heredarla: justo es que conozca á fondo mi herencia. La mancha que el mundo verá sobre tu rostro, en el mio ha de reflejarse. Bien venida sea: es tuya: yo la acepto. Acércate á mí, padre: junta tu frente á la mia. (Cogiéndole casi entre sus brazos.) ¡Niebla de deshonor, extiéndete por mi faz!

¿Nube de infamia, yo sé que eres como las nubes del espacio, si negras por abajo, por la parte que miran á la tierra, iluminadas por sol de justicia, por arriba, por donde miran al cielo! ¡Pero hasta ahora, sólo veo la deshonra desde abajo, y es horrible; padre, déjame mirarla por donde tú la miras! ¡La verdad, la verdad pronto, que la espero como los condenados del purgatorio esperan la luz de Dios!

FEDERICO. (En voz baja á Eulalia.) Madre... Gabriel tiene razon.

EULALIA. (Bajo.) ¿Tú tambien? No: calla: calla: no la tiene.

GABRIEL. No te oigo todavía, padre. (Acercándose á él y prestando oido á lo que supone que va á decir.)

JAIME. Ni me oirás nunca.

GABRIEL. ¡No!. . ¡Pues yo te digo que has de hablar! ¡Que yo quiero que hables! ¡Porque si no!... ¡si no! (Con voz terrible.)

JAIME. ¿Qué? ¿Dudarás de mí?

GABRIEL. Enloqueceré, padre, ¡y quién sabe los fantasmas que cruzan por el cerebro de un demente!

JAIME. ¡Oh! ¡tenga usted hijos para oirles esto! Ponga usted en ellos su alma y su corazon! ¡Sacrifique usted por ellos lo que por nadie, ni por su Dios, sacrifica el hombre, el *egoismo*! ¡Ingrato!... mal hijo!... si no sé qué decirte... si no sé cómo defenderme... si es indigno y vergonzoso que yo tenga que defenderme de tí... ¡Y sabiendo lo que tú amas la honra, aunque yo no la amase, había de sacrificarla á un puñado de oro! ¡Si pienso que la misma deshonra me pareciera hermosa, si mi hijo la apeteciese!

GABRIEL. (Con voz terrible.) ¡Tú lo has dicho! La felicidad y quizá la vida de Federico están en tus manos! ¡y tu hijo es tambien!

JAIME. Pero cuando pienso en tí, ¡¡qué me importa él!! (Tendiéndole los brazos.)

GABRIEL. ¡¡Padre!! (Abrazándole, ya vencido al oir aquel grito de amor sin límites.)

FEDERICO. ¡Madre mia! (Abrazándose á ella.) (Los dos últimos gritos casi simultáneos.)

EULALIA. (Ap.) (No le oigas... no le creas... delira... ¡delira el infeliz!

FEDERICO. (Ap.) (No: es el corazon que rebosa.)

GABRIEL. ¡Perdon, padre, perdon! ¡Soy un miserable! (Llorando.)

JAIME. ¿Pero me crees? ¿Me crees?

GABRIEL. Sí. . sí... Basta ya.

FEDERICO. ¡Padre, perdóname: yo no podía sospechar que mi dicha te fuese tan costosa! Estaba ciego: solo pensaba en mí, no pensaba en vosotros. Hice mal: ahora lo comprendo: hice mal aceptando una fortuna que te cuesta tantas lágrimas... y tanta deshonra... y hasta el cariño de mi hermano. Á Dios gracias estoy á tiempo.

JAIME. (Pasando al centro.) ¡Federico!

FEDERICO. Ese caudal... ese legado... es mio, habeis dicho.

EULALIA Tuyo; tuyo legítimamente.

FEDERICO. Pues bien; como mio, de él dispongo... y dispongo no aceptándolo.

JAIME. ¡Federico!

EULALIA. ¡Hijo!

GABRIEL. ¡Hermano!

FEDERICO. Yo no lo quiero... vuelva á quien me lo cede.

EULALIA. Pero entónces... ¿vas á dejarnos?...

FEDERICO. No, madre mia, no me separaré de tí. No quiero ser rico á costa de mi padre y de mi hermano: no quiero ser feliz á costa tuya.

GABRIEL. (Con profunda emocion.) ¡Padre... padre... cumple con tu deber ¡y desprecia al mundo! ¡y despreciame á mí! ¿No es tu hijo?

JAIME. (Tendiendo los brazos á Federico.) ¡Lo es!

FEDERICO. ¡Padre! (Federico se arroja en los brazos de Jaime. Los personajes quedan en el órden siguiente de izquierda del espectador á derecha: Jaime; en sus brazos, Federico; Gabriel, Eulalia.)

JAIME. ¡Tienes un alma muy noble! Perdóname, hijo mio. ¡Oh! lo que es ahora, cuésteme lo que me cueste, has de ser feliz!

GABRIEL. (Ap.) (¡Ah! la duda... la duda... yo la arrancaré del alma, aunque la mitad del alma se vaya con ella.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO. [1]

La misma decoracion de los dos actos anteriores. Es de noche: un quinqué en el velador: las puertas del fondo, abiertas: se ve más allá de ellas un gabinete y una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

EULALIA, GABRIEL.

Los dos sentados junto al velador: ella, bordando; él, examinando atentamente una carta cerrada.

GABRIEL. (Ap.) ¡Ah!... Esta carta... esta carta... ¿Quién sabe si será?... No. (Arrojándola con enojo sobre el velador.) Siempre la misma idea.

EULALIA. ¿En qué piensas, Gabriel?

GABRIEL. En que esta tarde, al llegar yo, se marchó Mister Patrick apresuradamente, como si de mí huyese.

EULALIA. ¡Huir de tí! ¿Qué motivo hay?...

(1) Este tercer acto difiere notablemente del que se representó en el teatro Español, siquiera el pensamiento fundamental sea el mismo en ambos.

GABRIEL. Eso quisiera yo saber: qué motivo hay para que huya de mí.

EULALIA. ¡Dices cosas tan extrañas!

GABRIEL. Extraño, muy extraño es, en efecto, todo lo que nos pasa. Mira, madre, ayer al entrar yo á darte la carta de Federico, tú pedías... rogabas...

EULALIA. ¡Yo!... ¿Pedir?... ¿Rogar?...

GABRIEL. Sí. No sé qué, ni á quién; pero en tu voz y en tus ademanes había tanto de súplica, como de augustia, con ser tu angustia inmensa. Entónces no me fijé... despues he recordado todo esto.

EULALIA. ¡Qué sé yo lo que en aquellos instantes pude hacer ó pude decir!

GABRIEL. Ademas, Mister Patrick habló á mi padre al oido. ¿Qué le dijo; ni qué le importan á él las desdichas de nuestra familia?

EULALIA. Basta, Gabriel: vas á volverte loco.

GABRIEL. Posible es. Y es el caso que mi padre, despues de dudar, se decidió á algo, porque me gritó: «Tráele; yo respondo de su felicidad.» ¿Cómo podía depender de él la felicidad de mi hermano?

EULALIA. Pero ¿qué son todas esas ruindades que te preocupan, sino pequeñeces que agigantas; granos de arena que en mundos truecas; hilos de araña en que enreda sus alas tu espantada imaginacion?

GABRIEL. De granos de arena están hechos los mundos: y de hilos de araña tejidas las existencias: y de ruindades se compone la vida... ¡sobre todo, cuando de ruindades se trata!

EULALIA. Tu razon se extravía, Gabriel: me das miedo, hijo mio: ¡cómo brilla tu mirada!

GABRIEL. ¿Que me extravío, dices? Sí; porque caminos extraviados siguen otros en cuya busca voy: fuesen en línea recta, y á buen seguro que de ella me separase. ¿Que te doy miedo? ¡Qué mucho, si de mí mismo lo tengo! ¿Que brillan mis ojos! ¡Ah! cuando el cerebro

arde, por sus ventanas salen los resplandores del incendio.

EULALIA. Gabriel, no lo niegues: ¡tú dudas!...

GABRIEL. ¡Dudar! ¿De quién?

EULALIA. ¡De tu padre; sí, de tu padre! Y es una infamia... Una infamia, te digo, que ha de traernos alguna gran desdicha.

GABRIEL. ¡No dudo! ¡no digas eso! Ea, ya he dicho que no quiero dudar.

EULALIA. Pero has dudado.

GABRIEL. Un instante: sólo un instante. Fué... algo así... como un relámpago de sombra.

EULALIA. Relámpago tan negro, que deslumbrado de tinieblas estás todavía.

GABRIEL. Lo estoy; pero ya iré viendo.

EULALIA. ¡Qué has de ver tú, infeliz? Quien imagina vilezas en su padre, ¿qué verá en los demas hombres? ¿en qué amistad tendrá confianza? ¿en qué virtud tendrá fé? ¿en el amor de qué mujer, por pura que sea, creerá?

GABRIEL. ¡En el de María! (Con exaltacion y angustia.)

EULALIA. No.

GABRIEL. Sí, madre, que áun creo en tí.

EULALIA. (Ap. y separándose aterrada de su hijo.) (¡En mí!)

GABRIEL. ¡En tí, madre! ¡Ya sabía yo que áun creía en algo!

EULALIA. Calla... Basta... Tu padre viene. (Ap. y mirando á Gabriel.) (¡Ah, Dios mio! ¿Cómo decirle?... ¡Me falta valor!)

ESCENA II.

EULALIA, GABRIEL, JAIME, por la izquierda, segundo término.

EULALIA. (Que ya se había levantado al final de la escena anterior saliéndole al encuentro.) ¡Jaime!...

JAIME. ¡Eulalia!...

EULALIA. ¿Vienes cansado? ¿Vienes triste?

JAIME. ¿Yo triste? No lo creas. Y tú, mal genio, ¿por qué no te acercas á mí? (Á Gabriel.)

GABRIEL. No tenía sitio junto á tu corazon: mi madre lo ocupaba todo.

JAIME. ¡Hola! ¿tambien envidioso? Siempre hay sitio en un corazon cuando sabe buscarse.

GABRIEL. Pero no cuando se ha cometido la torpeza de perderlo.

JAIME. Bien sabes tú que no lo perdiste.

GABRIEL. Bien quisiera que me lo repitieses.

JAIME. ¿Buscas que te regale el oido? Regalon eres de veras. Pues no he de repetirlo, porque no quiero hablar más de estas cosas. Lo pasado, pasado está. Vamos al presente, que mucho hay que luchar y contra muchos.

EULALIA. Buen ánimo traes, Jaime.

JAIME. Para todo me sobra, ménos para *uno*. De todo me consuelo, ménos de *una cosa*. Tempestades de allá fuera ¡vengan á mí, que yo las afronto! ¡Pero, ay, que el corazon me falta si en el corazon me hieren!

GABRIEL. Por algo dudaba yo de tu perdon.

JAIME. ¿De qué no dudarás tú?

EULALIA. ¡Jaime!

GABRIEL. ¡Padre!

JAIME. ¡Vamos! ¡ya vuelvo yo tambien á lo mismo! Nada. nada: ni una palabra más. Á otra cosa. (Se pasea como para distraerse. Pausa.) ¿Y Federico?

EULALIA. Fué como todas las noches á casa de don Bernardo.

JAIME. ¿Y persiste en su idea de rechazar... esa herencia?

EULALIA. Sí.

JAIME. Pues es inútil, porque he de cumplir mi deber. Y á propósito... (Deteniéndose, mirando á Gabriel, y aparte á Eulalia.) (Oye.—¿Han traido algo para mí?)

EULALIA. (En voz alta.) Sí: han traido... creo que han traido

una carta. Gabriel la tenía.

GABRIEL. ¿Una carta? ¿Preguntas por una carta? ¿La esperabas? (Á su padre.) Pues esta han traido para tí. (Cogiéndola de sobre el velador y presentándosela á su padre.) Toma, padre.

JAIME. (Apresuradamente.) Dame. (Mira el sobre y despues á Gabriel, que tambien le observa. Los actores interpretarán como crean oportuno esta escena muda de recelo y desconfianza. Ap. y abriendo la carta.) (Sí; es de él: de Mister Patrik.)

GABRIEL. (Sin poder contenerse.) ¿Algo importante?... Perdona mi pregunta...

JAIME. ¿Importante?... No. Es decir, importancia tiene. Me piden con urgencia... un artículo que he prometido, sobre esa desdichada cuestion; artículo que debe salir mañana.—¿Comprendes?

GABRIEL. (Con desconfianza.) Sí, padre; ya comprendo. Un artículo... Es natural.

JAIME. Y me conviene...

GABRIEL. Claro. No, pues no te detengas...

JAIME. Es que el artículo ya está; y si tú quisieras...

GABRIEL. ¿Yo?...

JAIME. Sí: sobre la mesa de mi despacho quedó; pero Joaquin no pudo acabar de ponerlo en limpio. Tú, en un momento... ¿verdad?

GABRIEL. (Receloso.) Como tú dispongas.

JAIME. Pues vé: allí lo tienes.

GABRIEL. Sí, padre. (Ap.) (Me echa de aquí: bien lo veo.)

JAIME. ¿No vas?

GABRIEL. Al momento. (Se dirige á la izquierda, deteniéndose alguna vez y observando con desconfianza. Ap.) (¿Serán ciertas mis dudas, ó serán mis dudas delirios?) (Sale por la derecha, primer término.)

ESCENA III.

EULALIA, JAIME.

JAIME. Al cabo se fué. (Acercándose á Eulalia con la carta en la mano.)

EULALIA. ¿Acaso?... esa carta? ¿Es?...

JAIME. Sí: de Mister Patrick. Fuí á su casa: no estaba, y ahora me escribe...

EULALIA. ¿Te escribe para?...

JAIME. Para dar fin á sus compromisos y consumar mi deshonra: en suma, para hacerme entrega de la herencia de Federico.

EULALIA. Jaime, si áun vacilas, no será mi ruego el que haya de decidirte.

JAIME. (Con tono sombrío; pero resuelto.) No vacilo: Mister Patrick tiene razon. He pensado mucho en ello, y no hay sofisma que valga. Quien otra cosa imagine, menguada idea tiene de la moral, y mal anda en leyes humanas, que al fin reflejo son, en lo posible, de más altas leyes. Lo que es de Federico, de Federico es; y ni mi conveniencia, ni mi daño, pueden amenguar en un ápice su buen derecho. Al principio la pasion me ofuscaba; pero ya no dudo: cumpliré como debo cumplir, y sea lo que Dios quiera.

EULALIA. Pues si tan decidido estás, ¿qué es lo que te preocupa?

JAIME. Decidido estoy á recibir esa cantidad; pero no sé cómo recibirla. (Se sienta junto al velador.)

EULALIA. ¿No sabes?...

JAIME. No. Á tí, te parecerá fácil esto de que una cartera con unos cuantos talones del Banco pase de la mano de ese hombre á la mía; ¿no es cierto? Pues no lo es. En primer lugar, la operacion no es de un momento; porque Mister Patrick se empeña, así lo dice su

carta, en explicarme de palabra sus cuentas y en puntualizar todas sus demostraciones escritas.

EULALIA. Ya: ¿él se empeña?...

JAIME. Pues: y Dios sabe si ese hombre es tenaz en sus proyectos. Pero á su casa no quiero volver; y aquí podría encontrarse con mi hijo. De modo que no sé á qué determinarme. (Pausa.) Mira, voy á escribirle que venga esta misma noche. Estoy impaciente, febril; quiero acabar pronto. (Preparándose á escribir una carta.)

EULALIA. Pero ¿y Gabriel?

JAIME. (Comenzando á escribir.) Le mando con ese artículo cuando sea hora, á la redaccion del periódico, que por fortuna está léjos, y mientras da la vuelta... ¿No te parece? Esto es lo mejor, y concluimos de una vez.

EULALIA. Pero ¿y si volviese estando aquí todavía Mister Patrick?

JAIME. (Despues de una pausa, siguiendo la carta y con enojo.) ¿Si vuelve?... ¿Si vuelve, dices?... Pues que vuelva; y que entre allí, (Señalando á su despacho.) y que vea con sus ojos, y que toque con sus manos lo que ya sospecha. ¿Qué me importa? Te digo, Eulalia, que el sufrimiento humano tiene un límite, y que tanto misterio y tanto temor ya me repugnan y me irritan. (Suspendiendo la carta, mirando á Eulalia y con energía.) ¿No quiere saber la verdad? Pues que la sepa.

EULALIA. Razon tienes de sobra, Jaime: hay que decírselo todo. Eso mismo estaba yo pensando.

JAIME. (Levantándose.) ¡Eh! ¡Cómo! No me comprendes. La verdad, sí; *toda la verdad*, no. Lo que á mí se refiere, sea, si él se empeña. Lo que pudiera ser vergüenza para tí, nunca. No quiero que tiembles ante tu hijo; ni quiero tampoco que él dude de tí. Duda de su padre, y basta para que sea harto desdichado. (Vuelve al velador, cierra la carta y toca un timbre. Eulalia se deja caer en el sofá. Pausa. Un criado se presenta por la derecha, se-

gundo término.) Esta carta al momento... (Deteniéndose y mirando á la puerta por donde salió Gabriel.) á donde dice el sobre. (El criado toma la carta y se dispone á salir.) ¡Ah! y cuando venga... (Los mismos movimientos que ántes, y despues, bajando la voz.) cuando venga Mister Patrick, llévele usted á mi despacho y avíseme usted. Estaré allí. (Señalando á la izquierda.) Pronto. (Despidiéndole. El criado sale por donde entró. Pausa. Despues se acerca á Eulalia.) ¡Eulalia! ¡Pobre Eulalia!

EULALIA. Jaime, he sido muy funesta para tí.

JAIME. No digas eso. ¿Qué culpa tienes tú?

EULALIA. ¿Culpa yo? No: bien dices: no la tengo. Yo te amaba: yo te amo: yo te respeto. Yo daría por tí mi última lágrima, mi última gota de sangre, mi último aliento. ¡Bien lo sabe Dios! Escucha, Jaime; hay que confesar la verdad. Es decir, á Gabriel. Á Gabriel, todo, todo; pero á él no más. Á Federico, nunca: en esto razon tienes. Si Federico supiera que tú, á quien cree su padre, fuiste quien al suyo... (Imitando un golpe de muerte.) ¡No, Dios mio! ¡no!

JAIME. Eulalia, no por temor me opongo á que descubras la verdad...

EULALIA. Calla... no... la sangre se me cuaja en las venas sólo al imaginarlo. Á Federico, ¡nunca, nunca; suceda lo que quiera!

JAIME. Y á Gabriel tampoco. Convéncete, es inútil luchar. La montaña se nos viene encima y nos aplasta: hay que resignarse.

EULALIA. Ni me convenzo, ni me resigno, ni dejo que la montaña te aplaste. ¿Á mí? sea. Pero ¿á tí? Á tí, no, Jaime. (Llorando.) Te quiero mucho, mucho; has sido mi Dios sobre la tierra. ¡No, Jaime mio: no, Jaime de mi alma! ¡No has de sufrir lo que sufres! No ha de ser: ¡si digo que no ha de ser! ¡Si comprendo que llegues á aborrecerme! ¡Si lo comprendo! ¡Si harías bien!

JAIME. ¡Aborrecerte! ¡Aborrecerte yo! Vamos... ¡tú sí que

dices cosas!...

EULALIA. Jaime, bien me conoces. Débil, irresoluta, hasta cobarde, para los sucesos ordinarios de la vida, en las circunstancias supremas, y cuando se trata de tí, mi sangre arde y mi voluntad en ella se templa. Recuérdalo; ¿quién aquel dia te rechazó sin darte un beso? ¿Quién te dijo: «mátame, no me toques, estoy manchada?»

JAIME. Si: tú. Y sin violencia mia: anticipándote á mi deseo y á mi venganza. Eso hiciste, y por eso creció mi amor entónces, y por eso no he de consentir hoy que trueques tu sacrificio por el mio.

EULALIA. Hasta hoy llega el tuyo: el mio empieza hoy. Me diste una vida entera: no desprecies, ingrato, una hora de mi vida que quiero darte.

JAIME. No, Eulalia, es imposible.

EULALIA. ¡Imposible! Si yo sé, que lo que más te duele, y con más agudas espinas de martirio penetra en tu corazon, es la traidora duda que en el de Gabriel hízo presa; y si yo, que al parecer nada puedo, lo puedo todo, porque de una palabra mia depende el que caiga á los piés del padre el hijo rebelde, ¿cómo has de impedirme que la pronuncie? ¿Y cómo, si me lo impidieses, había de ser yo tan egoista que me sometiera á tu voluntad? No: Gabriel lo sabrá todo: lo he resuelto.

JAIME. ¿Tú? ¿Á Gabriel? ¿Cara á cara, en tus ojos clavados los suyos, vas á decirle: «esa fortuna, cuyo orígen quieres conocer, es del padre de Federico, que no es tu padre?»

EULALIA. ¡Calla!

JAIME. Y luégo, cuando él te pregunte, porque esta es la pregunta que acudirá á sus labios: «¿y quién es su madre?» tú misma, sin huir su mirada, ¿tendrás valor en el pecho y voz en la garganta para decirle: «¡la tuya!» ¡Ah! no: no es posible: te juro que no es

posible. Para un alma noble y altiva como tu alma, el hogar doméstico es un templo: si el crímen ó la fatalidad lo manchan ¡ay del templo, que será ruinas! ¡ay de sus profanadas divinidades, que serán polvo!

EULALIA. (Ap.) (¡Es verdad!)

JAIME. Yo le conozco y te conozco á tí. Él creería en tu deshonra y dudaría de tu inocencia, por mucho que le dijésemos.

EULALIA. ¡Jaime!

JAIME. «¡Una historia se inventa con tanta facilidad!» pensaría Gabriel; porque Gabriel es la misma duda, y la duda es así! Dudar no es dudar: dudar es creer con fé ciega en el mal, y no recibir nunca por buenas las pruebas del bien. Y en cuanto á tí, Eulalia, la vida te sería imposible entre sospechas indignas, ó lástimas y perdones más índignos aún. ¿No es verdad? Responde: no ocultes el rostro.

EULALIA. Lo es.

JAIME. Pues entónces...

EULALIA. No desisto: y si no tengo valor para decirle la verdad, no ha de faltarme para escribírsela. ¿Quién sabe? En el silencio de la noche, entre lágrimas y sollozos, quizá Dios me inspire palabras que lleguen al corazon de Gabriel y que le hagan creer en mí. Él es bueno, muy bueno, demasiado: en eso está su mal; ¿y por qué no ha de creerme? ¿por qué no ha de creer á su madre, Dios mio, por qué no? (Llorando.)

JAIME. Pero ¿y si no te creyera? ¿Cómo vivirías, viendo á toda hora, y en todo instante sombras en su frente y contracciones desdeñosas en sus labios? ¿Cómo sufrirías?,..

EULALIA. (Con fiereza.) No lo sufriría.

JAIME. Tú lo has dicho, y esa confesion quería arrancarte.

EULALIA. Pues probemos, y si en la prueba triunfo, nos salvamos.

JAIME. ¿Y si en la prueba sucumbes?...

EULALIA. Dios me inspirará.

JAIME. Ó el delirio, ó el crímen, que es para el delirio infernal consejero. No más: no aumentes mis angustias y mis dolores.

EULALIA. Perdóname, Jaime, pero ha de ser.

JAIME. Quien te oyera y te creyese, rebelde de condicion te juzgara. ¿Ha de ser? Pues sea: ahí tienes á tu hijo. (Señalando á la derecha, primer término.) Atrévete á decírselo: ¿por qué vacilas?

EULALIA. (Con señales de terror y retrocediendo.) ¿Él viene?

JAIME. Sí: ¿por qué no sales á su encuentro?

EULALIA. (Con resolucion, y acercándose á la puerta.) Á su encuentro iré.

JAIME. Mírale: ya llega.

EULALIA. (Huyendo hácia el fondo.) No puedo, Dios mio, no puedo.

JAIME. Bien lo sabía yo: pobre Eulalia.

ESCENA IV.

EULALIA, JAIME, GABRIEL, por la derecha, primer término.

GABRIEL. Madre...

EULALIA. (Desde el fondo.) Adios, hijo mio.

GABRIEL. ¿Te retiras ya?

EULALIA. Sí: la fatiga me vence.

JAIME. Vete, Eulalia: el dia ha sido de prueba: sea el ménos la noche de descanso.

EULALIA. Adios, Gabriel. Adios, Jaime. (Ap.) (¡Ah, Jaime! yo haré por tí, aunque me cueste la vida, lo que tú hiciste por mí, á costa de tu honra. Le escribiré... Sí: se lo escribiré todo.) (Sale por el fondo y cierra las puertas.)

ESCENA V.

JAIME, GABRIEL.

JAIME. ¿Has concluido... eso?

GABRIEL. Sí: allí queda el artículo ya puesto en limpio.

JAIME. ¿Todo él?

GABRIEL. Todo.

JAIME. Bueno: pues ahora voy á darte más trabajo. No dirás que no te ocupo. (Fingiendo naturalidad, pero con cierto temor.)

GABRIEL. ¿Trabajo? El que tú quieras. ¿Ocuparme? Dispon de mí.

JAIME. Pues á eso voy. Como mañana ha de publicarse ese artículo, y como quizá sea preciso hacer en él algunas pequeñas modificaciones, forzoso será leérselo al director del periódico... ¿comprendes?

GABRIEL. No.

JAIME. Quiero decir, que á mí me parece... que tú mismo debías llevarlo á la redaccion: allí lo lees, y lo retocas como te digan. ¿Eh?

GABRIEL. ¡Ah! ¿tú deseas... que yo? (Con desconfianza.)

JAIME. Sí. (Pausa: padre é hijo se observan con recelo.)

GABRIEL. (Ap.) (¿Querrá ahora alejarme de casa, como ántes, cuando aquella carta, me echó de aquí?)

JAIME. (Ap.) (Algo sospecha.)

GABRIEL. (Ap.) (¡Ah, tiene razon mi madre; siempre ruines pensamientos! Más odio estas malditas dudas por lo que tienen mezquinas, que por lo que tienen de horribles.)

JAIME. ¿No me contestas? (Observándole.)

GABRIEL. ¿Contestarte? ¿Para qué? Tú lo deseas, y allá voy.

JAIME. Nada decías, y pensé que te causaba molestia salir de casa. Como ya es tarde.

GABRIEL. ¡Causarme molestia! ¡Y tratándose de asunto tan importante! ¡Y siendo cosa tuya! Pues qué ¿no eres dueño de mandarme como mejor te plazca?

JAIME. Vamos: más vale así.

GABRIEL. ¡Dolor me da, y me da vergüenza oirte! Todos me dicen que dudo... Quien duda de mí eres tú, padre mio. (Con expresion de cariño.)

JAIME. Motivo hay á lo que pienso. Pero en fin, hemos convenido en no hablar de estas cosas. (Ap.) (¡Son cerca de las once, y Mister Patrick no tardará mucho!)

GABRIEL. Pues yo quiero hablar de ellas: yo no puedo sufrir este peso que tengo sobre el corazon. ¡Padre, padre mio! (Acercándose á él con ansia.)

JAIME. (Ap.) (No: ahora no.) Gabriel... Vamos, Gabriel... si yo no estoy enojado... Mira, llevas ese artículo, que es urgente, muy urgente... y luégo...

GABRIEL. Luégo, no: ahora. Óyeme, padre: oye mi confesion. Mi alma está enferma, y en tí busca su remedio. (En este momento se ve una luz débil y pálida al través de las cortinillas blancas de la puerta del fondo.)

JAIME. Silencio: tu madre duerme, y vas á despertarla.

GABRIEL. (Mirando á la puerta del gabinete de Eulalia.) No duerme: aún hay luz en el gabinete. Estará rezando sus oraciones. Quizá en este instante pide al cielo que yo haga esto que hago: ¡venir á tí con arrepentimiento, coger tus manos con cariño, y pedirte perdon desde lo más profundo de mi conciencia! Padre!

JAIME. (Entre conmovido y angustiado, mezcla de sentimientos que sólo el actor puede interpretar.) ¡Vamos, Gabriel, hijo mio, no seas niño! Si yo te perdono: si no te conservo rencor. ¡Cuando yo te lo aseguro! Si todo pasó, (Ap.) (¡Ay, si Patrick viene!)

GABRIEL. No. todo no ha pasado: hay entre los dos un muro de hielo. ¡Junta tu pecho al mío, y derritámoslo al calor de nuestros dos corazones!

JAIME. ¡Qué otra cosa puedo yo desear! (Mirando á todas partes con impaciencia.)

GABRIEL. No me atiendes: estás distraido.

JAIME. ¡Yo distraido! Es la emocion que siento al oirte. Tú no puedes comprender cuánta alegría me das. Pero, mira... ya es tarde... muy tarde... Lleva ese artículo... y despues... despues todo lo que tú quieras.

GABRIEL. Despues, no: ahora mismo. ¿Qué importa que llegue

allá minutos ántes, ó minutos despues?

JAIME. (Todo se conjura contra mí: ¡hasta su arrenpentimiento! ¡Y el tiempo pasa!)

GABRIEL. ¿No me contestas? ¿Es que mi culpa es tal, que no merece perdon?? ¿Tanto he hecho que has llegado á odiarme?

JAIME. (Con arranque de cariño.) ¿Odiarte yo? ¡Gabriel, hijo mio, habla, habla! ¡venga á mí la confesion de tus penas, que yo les buscaré consuelo! ¡á mi tus dudas, que mi amor las desvanecerá!

GABRIEL. ¡Sí, padre: eso quería! (Abrazándose á él.)

JAIME. Habla.

GABRIEL. ¡Padre!... (En este momento dan las once.)

JAIME. Espera... escucha... las once... (Breve pausa.)

GABRIEL. Qué importa...

JAIME. No... es muy tarde... (Desprendiéndose de los brazos de su hijo.) Cuando vuelvas... cuando vuelvas, Gabriel. (Pausa: Jaime y Gabriel se miran fijamente.)

GABRIEL. (Con tono sombrío.) ¿Cuando vuelva, dices?

JAIME. Sí: entónces.

GABRIEL. Pero al corazon no se le manda de ese modo, padre. Ni para el crímen, ni para el remordimiento se le fija instante preciso. Al corazon no se le puede decir: «¡espera, espera; yo te avisaré cuándo has de aborrecer ó cuándo has de amar!»

JAIME. ¡Gabriel!

GABRIEL. Él ama ó él aborrece; él duda ó el creee, cuando Dios quiere, ó cuando á las tentaciones del infierno le abandona Dios. Ahora sé que me arrepiento; despues no sé... no sé. . lo que será de mí.

JAIME. ¡Gabriel!

GABRIEL. Perdóname: yo siempre te obedezco. Alma, espera que áun no te acojen bien: ojos no lloreis, no quieren que lloreis todavía. (Con desesperacion.)

JAIME. ¡Ay, hijo mio, pienso que para los dos se va aproximando una prueba terrible!

GABRIEL. No: otra vez te pido que me perdones. Escogí mal momento. Tienes razon: es muy tarde. Adios... cuando vuelva: tú lo has dicho: *cuando vuelva*. No quiero molestarle con impertinencias de niño.

JAIME. ¿Á dónde vas?

GABRIEL. Á recoger esos papeles, para llevarlos allá... (Ap.) (¡Padre, por qué no has querido oirme!) (Sale por la derecha, primer término.)

ESCENA VI.

JAIME.

¡Fatalidad es la que me persigue! Cuando habla en él el cariño, cuando comprendo que se desvanecen sus dudas, cuando dulces lágrimas de arrepentimiento acuden á sus ojos... ¡tengo que rechazarle! ¡Y yo mismo doy pábulo á sus sospechas! Dios me perdone; pero estoy por llamarle y decírselo todo... ¿Por qué no?... ¡Gabriel! ¡Gabriel!... (Acercándose á la puerta por donde salió, y llamándole, pero sin gritar.) Que no me oiga Eulalia... (Como volviendo en si, y mirando al fondo.) ¡Pobre Eulalia! No: imposible. Hay que apurar el cáliz.

ESCENA VII.

JAIME, GABRIEL.

Jaime se dirige al fondo, y precisamente al llegar junto á la puerta de cristales, aparece Gabriel por la derecha, primer término.

GABRIEL. Oí tu voz... ¿Me llamaste?

JAIME. (En voz muy baja, y aproximándose algo á Gabriel.) Sí: me retiraba á mi cuarto, y ántes quería decirte, que salieras sin hacer ruido, y que no entrases á despedír-

te de tu madre. Tenías razon: está rezando. Silencio: no le distraigas. Adios, Gabriel. Entra á verme cuando vuelvas.

GABRIEL. (Tristemente.) Adios, padre.

ESCENA VIII.

GABRIEL.

La puerta de cristales del fondo siempre iluminada por luz muy débil sobre el velador, el quinqué.

Tampoco á mi madre. Tampoco puedo entrar á darle un beso. Pues! ¡ni á ella! Esta noche parece que todos me rechazan. En cambio el abismo me atrae, y el abismo es para mí, mi propio pensamiento. No quiero estar solo, y solo con él me dejan. ¡Ea!... ¡Vete!... ¡Vete!... ¡aparta! (Como alejando algo de su imaginacion.) ¡Pensaré en otras cosas! ¡He de pensar en otras cosas! ¡Negras ideas de dolor y de angustia, fuera de mí! Risueñas imágenes de amor y de consuelo, ¿por qué no os acercais?... ¡Y no se acercan! (Pausa.) ¿En qué pensaré yo, qué no piense?... ¡Ah, al fin!... En María... sí, ¡en ella! En el mar de mis dolores, entre las tempestades de mi corazon, bajo las negras nubes de mi pensamiento, su amor es la luz purísima del ¡único faro que á lo léjos me alumbra. (Acercándose al balcon.) Aquella... aquella es su casa. Muy oscura es la noche; pero entre las tinieblas se ve á manera de un cuadro luminoso: es su balcon. Cerrados están los cristales, las blancas cortinas tendidas, una sombra de gentiles contornos se dibuja un punto en ellas, y luégo pasa, y al fin se desvanece. ¡Es María! ¡De tí no dudaré nunca! De los hombres se duda; de los ángeles, no. ¡Ya vuelvo á lo mismo! (Con enojo.) ¡De los hombres, sí; pero de un padre,

tampoco! ¡Y otra vez la idea de siempre! Si hasta para las olas embravecidas del mar hay diques y barreras, ¿por qué no las hay dentro del cráneo para el impalpable oleaje del pensamiento? ¡Ah, si pudiera decírsele: «no pases de aquí!» (Pausa. Viniendo al centro.) Sin saber cómo, corren las horas, y se hace tarde. Voy allá. El frio de la noche calmará mi fiebre. Adios, madre. (Se aproxima á la puerta de cristales, y observa.) Ya no reza. Está escribiendo. ¿Qué escribirá? Su rostro está pálido: sudor de angustia pega á sus sienes el enredado cabello: llanto hay en sus mejillas. Á veces se detiene... y solloza... sí: yo la oigo sollozar... ¡Pobre madre mía! ¡No, pues no me voy sin estrecharla en mis brazos! Pero ¿qué es eso? ¿quién ha venido? (Deteniéndose al ir á entrar en el cuarto de su madre, y acercándose á la puerta de la derecha, segundo término.) ¡Yo conozco esa voz!

PATRICK. (Desde fuera.) Avise usted á don Jaime.

GABRIEL. Sí: ¡es él! ¡Mister Patrick! (Acercándose aún más á la puerta.) ¿Á qué viene á estas horas? ¿Era por eso por lo que mi padre tenía tanto empeño en que me fuese!.. ¿Y aquella carta?... ¡Habla tú, corazon; mira que mi pensamiento dice cosas horribles! Álguien viene. No; pues yo no me voy. (Se oculta tras los cortinajes del fondo. Un criado pasa de la derecha, segundo término, á la izquierda, segundo término tambien.) Á buscar va á mi padre. (Se queda en acecho, y se oculta de nuevo al entrar el criado. Atraviesa éste la escena, toma el quinqué, y sale por la derecha, primer término.) ¡La verdad está á mi alcance; entre mis manos! ¿He de renunciar á ella para siempre? ¡Fuera, necios escrúpulos! ¡Oh, verdad, que tanto me cuestas, te buscaba, te encuentro... maldita seas, pero ven á mí, que yo te llamo!

ESCENA IX.

JAIME, GABRIEL.

La escena á oscuras casi; iluminada tan sólo por los reflejos parciales de dos luces. De una parte, en el fondo, la luz del gabinate de Eulalia, que se ve al través del cuadro blanco que forman las cortinas de la puerta de cristales. De otra parto, por la puerta de la derecha, primer término, que es la del despacho de D. Jaime, la luz del quinqué proyecta una ancha faja bastante fuerte y algo rojiza. Estos detalles tienen importancia para el efecto de la escena, y en la mente del actor hasta carácter simbólico.

JAIME. Al fin ha venido; tengo ansia por acabar. (Sale por la izquierda, segundo término, y se dirige hácia su despacho: luégo se detiene ántes de llegar.)

GABRIEL. (Ap.) (Parece que vacila.)

JAIME. Me late el corazon como si fuera á cometer una infamia. Gabriel aún tardará. Hay tiempo. Valor... y sea lo que ha de ser. (Sigue marchando.)

GABRIEL. (Ap.) (Valor me falta para este oficio miserable á que desciendo.) (Hace un movimiento para salir.)

JAIME. (Deteniéndose un instante en la puerta de la derecha.) Allí está Mister Patrick. No puedo resignarme á tomar ese oro con mis propias manos.

GABRIEL. (Ap.) (¡Yo... oculto en la sombra... robar un secreto de mi padre!... No: jamás... imposible... (Saliendo de detrás de las cortinas y avanzado hasta quedar á poca distancia de su padre.)

JAIME. Vamos; ya no es tiempo de retroceder.

GABRIEL. ¡Padre! (Llamándole en voz muy baja.)

JAIME. ¿Quién me llama?... (Volviéndose.) ¡Gabriel!... ¡Tú!... ¡Tú, aquí!... Pero... ¿qué hacías, desdichado?... ¿Qué hacías? (Acercándose á él y cogiéndole por un un brazo. Toda esta escena en voz reconcentrada, porque no debe olvidarse que en el gabinete del fondo está Eulalia, y en el de la

derecha Mister Patrick.)

GABRIEL. Ya lo ves: expiarte, como un miserable que soy.

JAIME. ¡Tú!... ¡Á mí!... ¡Tal infamia!

GABRIEL. Sí, pero yo al ménos confieso las infamias que voy á cometer y me arrepiento ántes de consumarlas.

JAIME. ¿Y por qué querías cometerla?]

GABRIEL. Adivínalo: yo no me atrevo á decírtelo.

JAIME. Porque imaginabas que yo iba á cometer otra ¿no es cierto?

GABRIEL. (Con horror.) Yo no lo he dicho: yo no lo diré nunca.

JAIME. Pero lo has pensado. ¿Por qué lo has pensado?

GABRIEL. ¡En el pensamiento no se manda!

JAIME. Cuando no se tiene corazon, no; cuando se tiene corazon, sí.

GABRIEL. El corazon nada puede contra la evidencia.

JAIME. Y tú ¿la tienes de todo lo que imaginas?

GABRIEL. No lo sé.

JAIME. Pues vas á saberlo.

GABRIEL. (Con ansia.) ¿Voy á saberlo?

JAIME. Sí. Como tú quieras, á saberlo vas.

GABRIEL. ¿Ahora?

JAIME. Sí, ahora. ¿Acaso crees que yo he de sufrir esta tortura más tiempo? No: no la sufro.

GABRIEL. Razon tienes. Venga á mí la verdad! (Alzando la voz.)

JAIME. Te digo que sí. Pero calla: no levantes la voz. Allí está tu madre: puede oirnos. ¿Quieres matarla?

GABRIEL. ¡Á ella!... (Acercándose á la derecha) ¡No! Callaré... callaré...

JAIME. Silencio. Á ese otro lado está Mister Patrick ¡y un extraño ha de enterarse de que mi hijo me espía! ¿Quieres que yo tenga que matarte?

GABRIEL. Lo prefiero á vivir con este infierno en el alma.

JAIME. ¿No te digo que yo tampoco puedo vivir así? Mira: yo entraré en mi despacho como si no te hubiera visto; y allí haré, lo juro por mi salvacion, lo que iba á hacer ántes de verte. La puerta franca quedará, y tú en

esta sala: y haces lo que tu conciencia te inspire ó lo que tus infames dudas apetezcan.

GABRIEL. ¡Padre!

JAIME. Á solas te dejo, como sola está tu alma. Sombras te rodean, como sombras hay en tu razon. Y yo, como padre tuyo, como autoridad casi divina, á que debes someterte, te prohibo... ¿me oyes?

GABRIEL. Sí.

JAIME. Te prohibo que te acerques á mí, que me oigas, que me veas. ¡Pero eres libre, aunque con voluntad rebelde! ¡Y puedes acercarte, y puedes oirme, y puedes verme!

GABRIEL. ¡Cruel eres, padre!

JAIME. No ménos cruel eres tú conmigo. Escucha. Si todavía me amas, y crees en quien te dió la vida, y te enseñó á amar la honra... Gabriel, ¿ves aquella pálida luz? (Señalando la del fondo.) Allí está tu madre: marcha entre estas tinieblas, abre aquellos cristales, arrójate en sus brazos, y llora... ¡llora por todo lo que me has ofendido y me has hecho llorar á mí! Pero si dudas, y te importa poco mi mandato, y no temes herir á tu madre de muerte ¡á tu madre, que es tu fé y es tu amor! si, atropellando por todo, quieres saber la verdad... entónces acércate á esa otra rojiza luz y en espionaje infame, oye y mira, y lo sabrás todo. Despues... despues que Dios nos juzgue á tí y á mí.

GABRIEL. ¡Padre!... ¡Padre!...

JIAME. Silencio: yo me voy: ahí quedas: piénsalo bien.

GABRIEL. ¡No me dejes!

JAIME. Tú lo has querido. No sé si agoté mi amor, pero sé que empieza mi justicia.

GABRIEL. ¡Padre, en el abismo de la duda me encontraste y al de la rebeldía contra tí me arrojas?

JAIME. Eres libre: la verdad está á tu alcance: ¿qué más quieres? (Se desprende bruscamente de Gabriel y sale por la derecha, primer término.)

ESCENA X.

GABRIEL.

Siempre la escena en sombras: siempre en el fondo el cuadro blanco del cortinaje por el que se trasparenta la luz del gabinete de Eulalia: siempre á la derecha una faja de luz saliendo del gabinete en que D. Jaime y Patrick se suponen que arreglan sus cuentas.

¡Que soy libre! ha dicho: que puedo saberlo todo: qué franca está esa puerta. (Acercándose á ella.) ¿Quién me impide ver y oir?... (Deteniéndose.) ¿Quién? La voluntad de mi padre. ¿Pero sólo por ser suya es legítima? Por ser suya ¿deja de ser impía? No: mi razon me dice que no. Y la razon natural ¿no es nada? Si hasta á Dios se atreve y le pide cuentas de su obra ¿por qué no ha de osar á cosas que al fin son humanas?... Ea: fuera femeniles flaquezas. (Acercándose y mirando con precaucion.) Allí están... bien los veo... (Retrocediendo.) Pero no: ya no los veo: no sé qué fuerza invisible me rechaza: no sé qué voz interior me grita: «¡mal hijo, piensa que es tu padre!...» ¡Mi padre! Pero el dar la existencia á un ser, ¿supone el derecho de rodearle de misterios que le enloquezcan? No: yo digo, que no hay tal derecho en nadie para torturarme: en nadie; ni en él. Y si lo hubiera ¡yo lo rompo! ¡Rebelde soy y en rebeldía me declaro! ¡No me basta tu luz de amor, madre mia! (Mirando hácia el fondo.) ¡Quiero la luz de la verdad aunque me ciegue! (Se precipita á la puerta y mira oculto detrás del cortinaje.) ¡Aunque me ciegue! que no me cegará: bien la veo y bien los veo á ellos... (Observando.) Consultan unos papelos... Hacen cálculos, al parecer... Hablan muy poco: frases sueltas que pronuncia Mister Patrick y que nada explican. (Pausa.) Ahora mi padre mira hácia este lado... ¡Cuánto dolor y qué an-

gustia hay en su rostro! No me ve: no puede verme; pero yo creo que me adivina. (Retrocede otra vez hácia la sombra: cae en el sofá y se oculta el rostro entre las manos.) ¡Ay, padre mio! ¿por qué estas ternuras que llevo en el corazon, y estos volcanes que traigo en el pensamiento, luchan dentro de mí en tan fiera batalla? ¡Ay, padre, perdóname, que si no te amase lo que te amo, no dudaría! ¡Mis dudas, por sacrílegas que te parezcan, son la prueba del cariño que tengo! ¡son celos insensatos de este mi amor á la verdad y al bien que en tí imaginé que alcanzaban la humana perfeccion! ¡Ay, padre mio! ¡Ay, mi Dios! (Levantándose como si despertára de un sueño.) Pero ¿hablan alto?... Sí. ¿Habrán concluido? ¡Insensato! ¿Voy á perder la ocasion de saberlo todo? ¡No he de perderla! ¡Dejadme, necios temores, vanos delirios! ¡Ojos, ved! ¡Oidos, oid! ¡Pensamiento, calla! ¡Tiempo tendrás para enloquecerte! (Se precipita á la puerta y escucha y mira con ansia.) ¿Qué es eso?... Sí: Mister Patrick está contando valores que trae en una cartera: muchos billetes de Banco... Bien le oigo: quinientos mil reales, dice... ochocientos mil... un millon... dos... tres millones. ¡Dios santo!... ¡Yo deliro!... Vuelve á ponerlo todo en la cartera... ¡Una nube de sangre se extiende por mis ojos! ¡No... ahora no... ahora quiero ver claro!... (Con desesperacion.) ¡Ah! veo... sí... ¡todo rojo... pero veo! (Con insensata alegría.) ¡Él... mi padre. . con un movimiento febril más la arrebata, que la toma... ¡y mira con ansia á este lado!... ¡No... no... lo que he visto no es la verdad!... ¡No puede serlo! (Se retira vacilante, apoyándose en los muebles y aproximándose á la puerta del fondo sin llegar á ella. Este momento se abandona á la inspiracion del actor. Con voz ahogada.) ¡Madre!... ¡Madre!... ¡ven á mí!... ¡por la vida que me diste!... ¡por tu amor!... ¡No puedo!... ¡No puedo!... ¡Madre mia!..

ESCENA XI.

EULALIA, GABRIEL.

Eulalia sale por el fondo trayendo una carta en la mano: las puertas que dan abiertas: se ve, como queda dicho, una mesa con recado de escribir y en ella una luz.

EULALIA. (Deteniéndose en la puerta, y mirando á todas partes, pero sin ver á su hijo todavía.) ¿Quién me llama? Es la voz de Gabriel... (Ap.) (Á qué esperar más? Le daré lo que he escrito para él, ántes de que Jaime me lo impida.) (En voz alta.) Gabriel... Gabriel...

GABRIEL. Aquí, madre: aquí...

EULALIA. Hijo... (Eulalia y Gabriel se encuentran. Ella en voz natural.) ¿Por qué me llamabas?

GABRIEL. (En voz baja.) (Calla... calla... y ven conmigo. Sígueme.) (Llevándola con precaucion hácia la puerta de la derecha.)

EULALIA. Pero ¿á qué?

GABRIEL. Á ver lo que yo he visto.

EULALIA. Y ¿qué has visto?

GABRIEL. Habla bajo. (Llegando á la puerta.) Yo no puedo mirar: esa luz me abrasa los ojos, y sus rayos penetran en mi cerebro como flechas enrojecidas. Pero tú, mira, y dime ¿quién está ahí dentro?

EULALIA. Tu padre.

GABRIEL. ¿Solo?

EULALIA. Sí.

GABRIEL. Entónces habré soñado ó me habré vuelto loco. Madre, madre, ¡si fuese cierto! Para mí, toda dicha de tí viene: ¡tú me diste la razon! ¡tú me anuncias la locura!

EULALIA. Gabriel, hijo mio, ¿qué dices?

GABRIEL. ¿No está Mister Patrick ahí?

EULALIA. No: está sólo tu padre.

GABRIEL. ¡Á ver! ¡á ver!... (Mirando.) Sí: está solo. (Retrocediendo con espanto.) ¡Ah!... ¿qué tiene en aquella mano?

EULALIA. Una cartera.

GABRIEL. ¡Insensato de mí, que no estoy loco! (Precipitándsse á la puerta y eu voz alta,) ¡Padre! ¡Padre!

EULALIA. (Conteniéndole.) Gabriel...

GABRIEL. (Desde la misma puerta: tendiendo los brazos al interior y con acento desesperado.) Ven... ven aquí... ¡pero con eso que tienes en la mano!... ¡No lo ocultes!... ¡No lo dejes!

ESCENA XII.

EULALIA, JAIME, GABRIEL.

JAIME. Si has podido verme y oirme ¿á qué ocultarlo?

EULALIA. ¡Jaime! ¡Gabriel!

JAIME. ¿Sabes lo que contiene esta cartera? (Arrojándola sobre el velador.)

GABRIEL. Sí: ¡pedazos de nuestra honra!

JAIME. Fueran pedazos de tu corazon, y no me dirías lo que me dices.

GABRIEL. Pues tómalos, y la vida con ellos porque tenga que agradecerte esto más.

JAIME. ¡Tu vida!... (Avanzando amenazador hácia Gabriel.) No puedo, que yo te la dí.

GABRIEL. ¡En hora maldita si habías de deshonrarla despues!

JAIME. (Precipitándose sobre su hijo y haciéndole caer de rodillas.) ¡Miserable!

EULALIA. (Arrojándose entre los dos.) ¡No, Jaime!... ¡Tú! ¡á tu padre! (Á Gabriel.)

GABRIEL. (Siempre de rodillas.) ¡Es que lo sé todo, madre mia!

EULALIA. No lo sabes, desdichado; pero vas á saberlo! Allí, esta noche, en este papel, he escrito... la verdad que con tanto afan buscas. (Mostrando la carta.)

JAIME. (Queriendo coger la carta.) ¡Eulalia!

GABRIEL. ¡La verdad! Luego aquello que yo ví ¿no lo era? (Queriendo levantarse.)

EULALIA. No; pero no te levantes. De rodillas á los piés de tu padre has de oir mi confesion.

JAIME. ¿Pero qué has escrito ahí? (Á Eulalia.)

EULALIA. (Ap. á Jaime.) (¡Todo! ¡Mi deshonra, tu venganza, la muerte de aquel hombre, el secreto de Federico! Te digo que todo.) (En voz alta á Gabriel dándole la carta.) Toma y lee.

JAIME. ¡No!

EULALIA. ¡Sí! (Deteniendo á Jaime,)

GABRIEL. ¡Sí! ¡Sí! (Se levanta y se separa á un lado como si huyera de su padre.) ¡Al fin está en mi mano! (Oprimiendo la carta.)

JAIME. ¡No leas, Gabriel!

EULALIA. (Siempre sujetando á Jaime.) Lee, hijo mio: te lo mando.

GABRIEL. ¡No puedo! ¡No hay bastante luz!... (Haciendo esfuerzos por leer.) ¡Oh! ¡esta verdad que persigo; que siempre creo tener y que nunca alcanzo!... ¡Luz!... (Mira á su alrededor: ve la luz del fondo: quiere ir allá: Jaime se desprende de Eulalia, viene á él y le coge por un brazo deteniéndole.)

JAIME. No hay luz para esta verdad que buscas ni en la tierra, ni en el cielo.

GABRIEL. ¡Pues se la pediré al infierno!

ESCENA XIII.

EULALIA, GABRIEL, JAIME, FEDERICO.

Este último, por la derecha, primer término: al verle, Eulalia da un grito.

EULALIA. ¡Federico!... (Con voz ahogada.)

GABRIEL. (Viendo á su hermano.) ¡Ah! hermano mio... en este papel está nuestro secreto... ¡Tráeme aquella luz!

EULALIA. ¡Jesús mil veces!... ¡Dame!... ¡dame! (Queriendo quitarle la carta. Un momento despues le suelta Jaime.)

FEDERICO. ¡Nuestro secreto!... Sí... voy... (Coge la luz del fondo y viene con ella hasta dejarla en el velador.)

EULALIA. ¡Gabriel! (Con suprema angustia.)

GABRIEL. Te arrrepientes tarde, madre mia. (Los personajes quedan en el órden siguiente de derecha á izquierda: Federico aproximándose con ansia á su hermano: Gabriel con la carta ya extendida en la mano: junto á él, loca, desesperada, suplicante, Eulalia: á la izquierda, un poco separado de este grupo, sereno y sombrío, Jaime.)

EULALIA. (Sujetando el brazo derecho á Gabriel.) ¡Ayúdame, Jaime!

JAIME. (Al oido.) Ántes quise, que de tu honra se trataba, no puedo ahora, que de mí se trata; y ni temo, ni rehuyo peligros ó venganzas. (Mientras Jaime pronuncia estas breves frases, Gabriel con ademan expresivo señalando la carta habla á Federico en voz baja.)

FEDERICO. ¿Y ahí está?...

GABRIEL. Sí.

FEDERICO. ¡Pues lee!

EULALIA. ¡No, por Dios, por el amor que me tienes, Gabriel! ¡Y tú, Federico, hijo mio, que siempre has sido tan bueno para mí!...

GABRIEL. Madre, déjame. (Queriendo leer.)

FEDERICO. Déjanos, madre: yo te lo ruego.

EULALIA. ¡No! ¡si yo he de impedirlo! ¡si aunque tuviera que cegaros arrojándoos mi propia sangre á los ojos, no leríais!

JAIME. Basta, Eulalia: Dios lo quiere: sea de una vez lo que ha de ser al fin. (Separándola de sus hijos.)

GABRIEL. (Aprovechándose de este momento empieza á leer. Federico acercándose mucho á su hermano, de suerte que formen un grupo, sigue tambien la carta con la vista.) «Hijo de mi alma, mi Gabriel...»

EULALIA. ¡Por la tuya, escúchame! (Se desprende de Jaime y se

precipita hácia sus hijos.) ¡No leas! ¡No leas! (Á Gabriel.)

FEDERICO. Sigue... Sigue... (Á su hermano.) «Te escribo porque me falta valor...» (Leyendo él mismo, pero teniendo siempre Gabriel la carta.)

GABRIEL. Sí... (Siguiendo la carta.) «porque me falta valor para revelarte este horrible secreto...»

EULALIA. ¡No más!...

FEDERCO. (Á Gabriel.) Pero ¿por qué te detienes!...

GABRIEL. No me detengo... voy á concluir... (Á su hermano.) pero aguarda, ¿no ves que no me deja mi madre? (Á su madre.) ¿No fuiste tú quien me dió este papel?

EULALIA. Sí.

GABRIEL. ¿No me mandaste leerlo?

EULALIA. Sí.

GABRIEL. Pues contra tí misma he de cumplir tu mandato.

EULALIA. (Extendiendo la mano hácia la carta, que Gabriel retira.) ¡Es que ahora te lo pido con voces de agonía!

GABRIEL. ¡Si en la tuya me lo pidieras, tal es la de mi alma, que no sé si dudaría el dártelo! (Mostrando la carta.)

EULALIA. ¿Qué dices! ¡Qué idea!... (Mirando la sortija.) ¡Hijo cruel!! (Dejando á su hijo é irguiéndose con sublime desesperacion.) ¡Que si en mi agonía lo pidiese, aún dudaras?... ¡¡Pues duda!! (Coge la sortija entre los dientes y bebe el tósigo que contiene.)

JAIME. (Precipitándose á ella.) ¡Eulalia! ¿qué has hecho? ¡Mi sortija!

FEDERICO. (Corriendo á sostenerla mientras Gabriel queda inmóvil y sin comprender todavía.) ¡Madre!

EULALIA. (Apoyándose en Jaime y Federico, en pie aún; pero desfalleciendo y con el brazo extendido hácia Gabriel.) ¡En su agonía... tu madre... te pide... ese papel que tú le niegas!

GABRIEL. ¿Pero qué es esto?... ¿Tú morir?

JAIME. ¡Por tí!

GABRIEL. ¡Madre!... ¡Madre!... (Arrojándose á sus brazos.) ¡No! ¿no es verdad!.

EULALIA. (Pugnando por apoderarse de la carta.) Dame... dame...

GABRIEL. ¡Toma... pero dime que no es verdad lo que estais diciendo!

EULALIA. (Cogiendo la carta.) ¡Gracias!... ¡Gracias!... ¡Todavía me amas!

GABRIEL. ¿Si te amo!

EULALIA. (Ap. á Jaime dándole la carta:) (Que no lo vea nunca Federico. Razon tenías... Lo que no puede decirse, no puede decirse.) (Sin fuerzas ya para mantenenerse en pie.)

JAIME. ¡Eulalia! (Sosteniéndola. Entre todos la ayudan á ir al sofá Los personajes quedan en el órden siguiente: Eulalia espirando en el centro; á la derecha, Gabriel; á la izquierda, Jaime; á sus piés, Federico.)

EULALIA. Mira, Gabriel; ¡que Dios no me perdone este crímen, si en tu padre hay culpa ó mancha! ¿Me crees?

GABRIEL. ¡Sí, madre, que la muerte es la verdad y te siento morir entre mis brazos!

EULALIA. (Á Jaime al oido.) (Jaime... me diste un hijo... te devuelvo el tuyo.)

JAIME. ¡Pero te pierdo á tí!

EULALIA. Federico... sé feliz... mereces serlo... Yo á la hora de mi muerte te mando que aceptes... esa fortuna.

FEDERICO. ¿Qué me importa?

EULALIA. Adios, hijos mios... Jaime, adios! .. Que él me perdone. (Muere.)

JAIME. ¡Eulalia!

FEDERICO. ¡Madre!

GABRIEL. ¡Madre del alma! (Estos tres gritos casi simultáneos: todos la rodean aun más estrechamente.)

JAIME. (Á Gabriel, levantándose terrible.) ¡Tú has sido!...

GABRIEL. ·Sí!... ¡yo!... (Viene como huyendo al centro del escenario.)

JAIME. La mataste... por seguir una verdad...

GABRIEL. ¡Que no sé!...

JAIME. ¡Que no sabrás nunca!.. ¡Hijo rebelde!... (Levantando

los brazos como para maldecirle.)

GABRIEL. ¿No me maldigas, padre!... ¡No, por Dios!... ¡Todo vacila en rededor mio!... ¡Tierra, por qué me faltas? ¡Aire, por qué me ahogas? ¡Luz, por qué te apagas? ¡Madre, por qué te pierdo?

JAIME. ¡Gabriel!... (Acercándose á su hijo, que cae de rodillas ante su padre.)

GABRIEL. Hiérame tu castigo, pero dame tu perdon! ¡Sólo tú me quedas!

JAIME. ¡El castigo ya está en tí: el perdon aún está en el cielo; llora, llora para alcanzarlo!

(Queda Eulalia muerta en el sofá y sosteniéndola entre sus brazos y llorando, Federico. En el centro, de rodillas, Gabriel; ante él, en pie y con el brazo extendido hácia el cielo, D. Jaime.)

FIN DEL DRAMA Y DE LA SEGUNDA PARTE DE LA TRILOGIA.

202194

Echegaray, José
La ultima noche, etc.

LS
E184u

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index Fils"
Made by LIBRARY BUREAU